

**Manuel S. Porteiro**

**ESPIRITISMO  
DOCTRINA  
DE  
VANGUARDIA**

**LAS MEJORES PÁGINAS  
DEL  
HUMANISMO ESPÍRITA**

**pensamiento libre**

  
EDICIONES CIMA

De los inspiradores que el Espiritismo laico ha tenido en América, MANUEL S. PORTEIRO ha sido el más enjundioso, entusiasta y consecuente. Ni la oposición de sus adversarios ideológicos, ni la incomprensión de los sectores espíritas conservadores, ni los problemas comunes de la vida, lograron mellar su esperanza ni disminuir su serena convicción de que sólo sustentado en la ciencia y en la cultura, afincado sobre una base filosófica racionalista y con una renovada propuesta ética de sabor universalista, podrá el Espiritismo colocarse como una vigorosa fuerza impulsora del progreso humano.

En él brillaron superiores condiciones intelectuales: talento, erudición, fluidez de pensamiento, espíritu investigativo, analítico y razonador y su rectitud moral, la cual se proyectaba ejemplarmente en el propio hogar, en el medio espírita y en la colectividad donde se desenvolvía.

PORTEIRO ofrendó lo mejor de su vida para encender con las luminarias de su robusto pensamiento los senderos hacia un mundo más justo y más humano, orientado en la plena vivencia de los valores del espíritu, de su trascendencia e inmortalidad, de su eterna evolución palingenésica.

Brotadas de su inspirada pluma, este libro reúne páginas magníficas que dan lustre al Espiritismo como una filosofía humanista y librepensadora, como una doctrina de vanguardia.

## EDICIONES CIMA

### COLECCIÓN LIBROS BÁSICOS

#### **AIZPÚRUA, Jon**

- \* El Espiritismo y la Creación Poética
- \* Historia de la Parapsicología
- \* Los Fundamentos del Espiritismo

#### **BOZZANO, Ernesto**

- \* Cerebro y Pensamiento

#### **DENIS, Léon**

- \* Después de la Muerte
- \* El Problema del Ser y del Destino
- \* En lo Invisible

#### **DOMINGO Y SOLER, Amalia**

- \* Hechos que prueban
- \* Memorias

#### **FERNÁNDEZ, J.S. -POSTIGLIONI, L. di C.**

- \* Fundamentos científicos y filosóficos de la Supervivencia con Reencarnación

#### **GELEY, Gustave**

- \* Del Inconsciente al Consciente
- \* Est. sobre Reencarnación y Mediumnidad

#### **GUIMARÃES ANDRADE, Hernani**

- \* Muerte, Renacimiento y Evolución

#### **KARDEC, Allan**

- \* El Cielo y el Infierno
- \* El Evangelio según el Espiritismo
- \* El Libro de los Espíritus
- \* El Libro de los Médiums
- \* La Génesis
- \* Obras Póstumas
- \* Qué es el Espiritismo

#### **LODGE, Oliver**

- \* Por qué creo en la Inmortalidad Personal

#### **NEECH, W.F.**

- \* La Muerte es la Vida

#### **ORTIZ, Fernando**

- \* La Filosofía Penal de los Espiritistas

#### **WALLACE, Norman**

- \* Almas Libres y Encarceladas

### COLECCIÓN PERFILES LUMINOSOS

#### **BAUMARD, Claire**

- \* Léon Denis Intimo

#### **BRANDT, Carlos**

- \* Jesús, el Filósofo por Excelencia
- \* Leonardo, el Profeta de los Profetas
- \* Pitágoras, Diógenes, Giordano Bruno

#### **MOREIL, André**

- \* Vida y Obra de Allan Kardec

### COLECCIÓN PENSAMIENTO LIBRE

#### **AIZPÚRUA, Jon**

- \* El Pensamiento Vivo de Porteiro

#### **GARCÍA, Wilson**

- \* Usted y los Espíritus

#### **MEDRAN MOREIRA, Milton**

- \* Si Todos fuesen Iguales

#### **NOVICH-HERNANDEZ, Hebe**

- \* Salud, Enfermedad y Muerte

#### **PORTEIRO, Manuel S.**

- \* Concepto Esp. de la Sociolog./Origen Ideas Morales
- \* Espiritismo una Doctrina de Vanguardia

#### **REGIS, Jaci**

- \* Introducción a la Doctrina Kardecista



**MANUEL S. PORTEIRO**



**MANUEL S. PORTEIRO**

**ESPIRITISMO  
DOCTRINA DE  
VANGUARDIA**

**LAS MEJORES PÁGINAS  
DEL HUMANISMO ESPÍRITA**



**EDICIONES CIMA**

Apartado 3425

Caracas (1010) - Venezuela

*Espiritismo Doutrina de Vanguardia*

Montaje y diagramación: **Arq. Ruth Neumann**

Selección y recopilación: **Lic. Jon Aizpúrua**

© 2002, Movimiento de Cultura Espírita CIMA

Apartado 3425 - Caracas (1010) - Venezuela

I.F. 80420021332354

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal

*Impreso en Brasil - Printed in Brazil*

DIGITALIZAÇÃO

PENSE - Pensamento Social Espírita - [www.viasantos.com/pense](http://www.viasantos.com/pense)

Junho de 2012

## **MANUEL S. PORTEIRO: VANGUARDIA DEL ESPIRITISMO**

*Porteiro fue un espírita completo. Humilde trabajador manual, amoroso padre de familia, se reveló como un autodidacta que adquirió con tesón e inmensos sacrificios, una extraordinaria preparación intelectual hasta llegar a dominar con soltura amplios espacios en el mundo de la cultura, de la sociología, de la filosofía, y, naturalmente, de la Doctrina Espírita.*

*Nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, el 25 de marzo de 1881 y desencarnó allí mismo, el 18 de febrero de 1936. En 1910 comenzó su participación activa en el movimiento espírita, vinculándose desde ese momento a la Confederación Espiritista Argentina (CEA) en la cual fue desempeñando diversos cargos hasta llegar a ocupar su Presidencia en el período que va desde abril de 1934 hasta marzo del año siguiente. Por un tiempo prolongado dirigió su órgano oficial, La Idea, en la cual dejó la impronta de su pensamiento avanzado en numerosos editoriales y artículos sobre los más variados temas, examinados siempre conforme a la óptica espírita.*

*En aquella época, bajo la segura conducción de Porteiro, la CEA y La Idea constituyeron la vanguardia progresista del Espiritismo en América y en el mundo. Desde su centro de operaciones en Buenos Aires, Porteiro y un grupo de abnegados trabajadores espíritas, entre los cuales destacaron Hugo Lino Nale, Bernabé Morera, Ageo Culzoni, Luis di Cristóforo Postiglioni, y los jóvenes Santiago Bossero y Humberto Mariotti, llevaron adelante un formidable proceso de difusión doctrinaria y de consolidación institucional, escribiendo artículos y libros, recorriendo incesantemente toda la nación, dirigiendo cursos de capacitación espírita y fomentando relaciones con el movimiento espírita internacional.*

*Eran estas las líneas básicas de su pensamiento y alrededor de ellas giraba todo su esfuerzo: difundir una visión integral del Espiritismo como filosofía científica de la cual se derivan hondas consecuencias morales y sociales; rechazar la definición que algunos dan al Espiritismo como religión o como una variante del cristianismo; fomentar el estudio doctrinario en forma sistemática en función de crear una sólida convicción espírita y tomando como punto de partida las obras kardecianas; subordinar la mediumnidad a la comprensión que ofrece la Doctrina Espírita a fin de que sea practicada con racionalidad, con ética y que de ella se obtenga verdadero provecho; estimular la investigación y la experimentación en el campo de los fenómenos mediúnicos y paranormales; enfrentar las supersticiones y los sincretismos que se mimetizan o disfrazan adoptando rótulos espíritas; conectar al movimiento espírita con las luchas por la paz en el mundo, con las campañas educacionales, contra la intolerancia y la discriminación de cualquier clase, y con toda labor que tienda a la construcción de una sociedad más justa, libre, igualitaria y fraterna.*

*Espléndidas directrices que guiaron las luchas de aquellos idealistas en su noble afán de diseñar y divulgar a todos los vientos un Espiritismo dinámico, culto, libre, abierto, adogmático, racionalista, laico, universalista, y a la vez, fraterno, solidario y tiernamente amoroso.*

*Para exponerlas y defenderlas viajó Porteiro, en compañía de Mariotti, a Barcelona, España, como máximos representantes argentinos ante el V Congreso Espírita Internacional, celebrado en octubre de 1934. En aquel escenario, donde convergían y divergían las corrientes latina y sajona del Espiritismo, su talento brilló y se hizo sentir la profundidad de su cultura general y espírita. Porteiro habló en las comisiones de trabajo y ante las reuniones plenarias del Congreso, defendiendo con la firmeza que le distinguía, las tesis kardecianas las cuales corrían el riesgo de ser distorsionadas, habida cuenta la heterogeneidad que reinaba en el evento. Ofreció además, algunas conferencias públicas en Barcelona y otras poblaciones catalanas, disertando especialmente para los obreros y los humildes llevándoles el mensaje redentor y solidario de la doctrina de los espíritus.*

*Un rasgo fundamental de su pensamiento y que constituye una de sus más originales contribuciones, se halla en la aplicación del método dialéctico a la interpretación espírita del hombre, de la vida y del Universo. Nadie antes de él y nadie mejor que él hasta ahora, supo emplear el razonamiento dialéctico como base de sustentación del espiritualismo espírita, y al mismo tiempo, demostrar que, al contrario de lo que pregonan, las diversas doctrinas materialistas que se presentan a sí mismas como las dueñas de la dialéctica, son en su esencia, profundamente antidialécticas. En sus bien logrados ensayos filosóficos y sociológicos, Porteiro se opuso al materialismo de Marx, reivindicó el idealismo de Hegel, y abrió paso a una mejor comprensión de Kardec.*



*Ratificando que era un pensador de vanguardia, dotado de una admirable lucidez y originalidad, Porteiro insistió en la necesidad de que se comprendieran en su justa dimensión las profundas consecuencias morales y sociales que dimanaban de las tesis espíritas, dando un particular énfasis a la reencarnación y su consecuente ley de causas y efectos. Se mostró así, firme partidario de una doctrina social del Espiritismo que se sumara a las luchas por la edificación de una sociedad nueva y mejor en la que imperasen la justicia y la igualdad. En forma reiterada habló y escribió acerca del Espiritismo como una doctrina revolucionaria, queriendo decir con esta palabra que propugna cambios radicales en la forma de pensar y de actuar de los seres humanos. Un Espiritismo que, si bien trae como misión la de revelar la vida en el "más allá" es con la finalidad de mejorar las condiciones de los seres ahora, en el "más acá". Se oponía a una interpretación torcida del Espiritismo, presentado como una religión, o como una ideología conservadora, alienante, que justifique en nombre del "karma" las desigualdades sociales y amodore los espíritus en una actitud de inercia o de conformismo, esperando la "salvación".*

*Crejó en una alianza que podía ocurrir entre el Espiritismo y el Socialismo en pro de la construcción de una sociedad de mayor evolución material y espiritual. Pero, y hay que decirlo sin ambages, ya en su tiempo, criticó fuertemente las tendencias autoritarias, burocráticas y materialistas del marxismo y se pronunció a favor de un socialismo democrático, humanista, respetuoso de las libertades públicas e individuales. Su propuesta iba, pues, en la vía de un socialismo espiritualista o espírita, la cual, en términos coincidentes, ya había sido asumida por ilustres personalidades del kardecismo como Léon Denis y Cosme Mariño.*

*Aun en medio de las dificultades materiales, presionado por las angustias económicas, por las exigencias de rudos trabajos que debía desempeñar, Porteiro sustraía a las horas nocturnas del descanso, los momentos necesarios para fortalecer su acervo cultural, leyendo con avidez, y escribir para dar rienda a tantas ideas que agitaban su espíritu. Hemos comentado en nuestra obra *El pensamiento vivo de Porteiro* que, a despecho de tantas adversidades que marcaron su existencia, leyó mucho y escribió en abundancia, y todo lo que escribió es digno de ser conocido, leído, estudiado y aprovechado. Son tres los libros de su autoría que hasta ahora han sido publicados: *Espiritismo dialéctico*, *Concepto espírita de la sociología* y *Origen de las ideas morales*, los cuales hemos recomendado insistentemente, pero, felizmente, es mucho más lo que brotó de su numen luminoso. Hay un valiosísimo material, prácticamente desconocido por la casi totalidad de los espíritas contemporáneos, que se encuentra repartido en centenares de artículos publicados por la prensa de su época, en ejemplares de muy difícil localización, y a los cuales hemos tenido acceso después de una afanosa búsqueda.*

*La presente obra, reúne precisamente veinte de esas crónicas, las cuales hemos seleccionado atendiendo a los dictados del buen sentido y siguiendo un elemental criterio lógico que sugiere agruparlas en atención a su afinidad temática. Nos hemos tomado la licencia de darle el título de **Espiritismo doctrina de vanguardia**, y nos anima la íntima convicción de que nuestro querido y admirado pensador porteño estará conforme con ello, pues, en su amor por el Espiritismo, fue siempre su mayor deseo que nuestro Ideal estuviese colocado a la vanguardia del progreso material y espiritual de la humanidad.*

**Jon Aizpúrua**

*Caracas, septiembre de 2002*

## I

### **EL ESPIRITISMO ES CIENCIA**

El ilustre Allan Kardec escribió en una de sus obras fundamentales esta sentencia:

“El verdadero carácter del Espiritismo es el de una ciencia y no el de una religión”.

El tiempo, que todo lo resuelve, viene a demostrar que el Espiritismo sólo puede existir lógicamente como verdad positiva, a base de ciencia cuyo valor fundamental estriba en la realidad de los hechos, en la observación y estudio experimental de los mismos. Este concepto científico del Espiritismo lo expresa el filósofo espiritista en otro pasaje:

“Desde el punto de vista filosófico responde a las aspiraciones del hombre respecto al porvenir; pero, como apoya la teoría de éste en bases positivas y racionales, se amolda al espíritu positivista del siglo”.

A la muerte de Kardec, el eximio Flammarion pronunció el célebre discurso de despedida al maestro, que hizo honor a la causa espiritista, augurando para el Espiritismo el título de ciencia positiva y tratando de encauzar a sus adeptos en el estudio experimental de sus fenómenos. Dijo en aquella fecha memorable:

“Este método experimental al que debemos la gloria del progreso moderno y las maravillas de la electricidad y del

vapor; este método debe apoderarse de los fenómenos de orden aún misterioso a que asistimos, disecarlos, medirlos y definirlos...”

“Porque el Espiritismo no es una religión, sino una ciencia de la que apenas conocemos el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluido”.

Gabriel Delanne, uno de los *pioneros* más valientes y destacados del Espiritismo en Francia, escribe a este respecto:

“El Espiritismo no es una religión: no tiene dogmas, ni misterios ni ritual. Es una ciencia de experimentación, de la que se desprenden consecuencias morales y filosóficas de inmensa importancia”.

A esta concepción amplia y desprejuiciada del Espiritismo, podemos agregar la del eminente naturalista Russel Wallace, espiritista de no dudosa procedencia:

“El Espiritismo es una ciencia experimental y suministra la única base segura para una filosofía verdadera y una religión pura. Suprime los nombres *sobrenatural* y *milagro*...”

“Una ciencia de la naturaleza humana, fundada en los hechos observados; que sólo apela a los hechos y experimentos; que no toma creencias sin pruebas; que insiste en la investigación y en la conciencia de sí misma como los primeros deberes de los seres inteligentes; que enseña que la felicidad en una vida futura puede ser asegurada cultivando y desarrollando hasta donde es posible más altas facultades de nuestra naturaleza intelectual y moral y no de ningún otro modo; es y tiene que ser el enemigo natural de toda superstición”.

Por su parte dice el Dr. Gustavo Geley:

“Para los verdaderos creyentes en la doctrina espiritista, esta es una ciencia positiva, basada sobre el estudio experimental de los fenómenos psíquicos y las enseñanzas de los espíritus elevados”.

A estas autorizadas opiniones podríamos agregar la de todos los verdaderos espiritistas y demostrar que sus convicciones se formaron en el terreno de los hechos, por el estudio, la observación y la experiencia de los mismos y no por creencias religio-



sas anticipadas, por la fe ciega o por la predisposición mística desarrollada por la necesidad de ampliar los horizontes de esta vida, por esa ansiedad imperiosa que, según los materialistas, sienten las almas cándidas, los espíritus débiles, atormentados por el deseo de penetrar las sombras del misterio y de hallar lo que no alcanza a descubrir la ciencia... a la cual suelen mirar con desdén...

No son los verdaderos espiritistas los que creen en la bancarrota de la ciencia frente a los problemas del alma; por el contrario, es la ciencia para éstos el fundamento de sus creencias. sin los hechos positivos, experimentales, el Espiritismo carece de base, y su filosofía sería uno de tantos sistemas metafísicos, una de tantas religiones, agregados al acervo común de la historia. El Espiritismo no tiene por punto de partida la fe, sino sus fenómenos y el estudio racional de los mismos: es sobre la base fundamental del fenomenismo psicológico supra-normal que descansa su filosofía, su ética y su sociología, y es sobre esa misma base que afianzamos nuestras creencias los verdaderos espiritistas. Las conclusiones filosóficas que sustentamos emanan de los mismos hechos y no de creencias o de razonamientos *a priori*: ni siquiera tienen la desventaja –si tal pudiera llamarse a la especulación filosófica subjetiva– de atribuirse a inducciones o deducciones personales, ya que la doctrina espiritista surge espontánea de la naturaleza misma de los hechos, de las manifestaciones inteligentes que de ellos se desprenden. Es cierto que muchos de los principios o postulados de nuestra doctrina se encuentran diseminados entre las religiones y sistemas filosóficos, pero éstos, las primeras, se fundan en la fe ciega, en el dogma infalible y en absurdas, cuando no mentidas, revelaciones, y los segundos, en deducciones o hipótesis más o menos lógicas, pero siempre discutibles por carecer de fundamento científico que pruebe experimentalmente la veracidad de los principios sustentados.

De todo esto se infiere que si el Espiritismo se impone a la consideración humana por sobre todas las creencias religiosas e ideológicas, es por sus hechos observables y experimentales, y no por un sentimiento místico o por las halagüeñas perspectivas que de él se desprenden para el porvenir del espíritu: deja de ser religión, en el sentido místico y ritual del concepto, pero no puede dejar de ser ciencia sin dejar de existir como verdad

demostrable y perder su interés y valor positivos; pues, si le faltan los hechos, los principios ciertos en que se apoya y el conocimiento, aunque relativo, de las leyes que los rigen, ya pasa a la categoría de misticismo, sin que su caudal filosófico y moral pese un gramo más en la balanza del progreso humano.

No tienen, pues, razón aquellos espiritistas que, imbuidos de religiosidad, creyentes por ingenuidad o por simples razonamientos filosóficos, se bastan a su fe y miran con ojeriza a los hombres de ciencia y a sus mismos compañeros que bregan por encauzar el Espiritismo en la corriente científica señalada por los sabios espiritistas que hacen honor a nuestro credo, y, mucho menos, los que hacen de éste una religión como cualquier otra y creen que la Ciencia –por hallarse aún en los balbucesos de esta nueva y fecunda rama de la psicología experimental y no haber llegado aún, en algunos casos, a las mismas conclusiones espiritistas, por buscar la correlación entre los fenómenos fisiológicos y psíquicos o explicar por las mismas leyes anímicas todos los fenómenos supranormales sin hacerse cargo de las manifestaciones de espíritus desencarnados– conduce al materialismo. No hay que olvidar que así como mucha ciencia conduce a Dios y poca nos aleja de él, lo mismo sucede con la creencia en la existencia del mundo espiritual: un conocimiento incompleto del fenomenismo espírita y de sus manifestaciones no convence a nadie, pero el estudio continuo con métodos adecuados lleva al convencimiento: la mayor parte de los sabios o simples estudiosos que han abrazado el Espiritismo, primero lo negaron; después, con poca ciencia, afirmaron los hechos pero negaron la teoría, y luego, al correr de los tiempos, con más ciencia y experiencia, aceptaron esta última. La ciencia, la verdadera ciencia, no conduce al materialismo sino cuando es incipiente y carece de la madurez necesaria para llegar a las conclusiones espiritistas.

En muchos casos los que penetran en el santuario de esta profunda ciencia del alma por las puertas de la fe, suelen salir por las del escepticismo o la incredulidad; mientras que otros que entran incrédulos y materialistas salen llenos de fe y de esperanza, después de estudiar los hechos con todo rigor científico y de exigir de ellos toda la luz que anhelaban sus espíritus ávidos de ciencia y de verdad. Ejemplos de esto entre otros mil, William Crookes, Russel Wallace y Lombroso.

Al hablar de ciencia no nos referimos a esa ciencia incompetente, infructuosa, llena de orgullo y de suficiencia que niega la existencia, y aun la posibilidad, de las manifestaciones del mundo espiritual; que no tiene más de positiva que lo que alcanza en la materialidad de las cosas; que, en materia de fenomenismo espírita o de metapsiquismo, en vez de adaptarse a la naturaleza y a las modalidades de los hechos, les impone condiciones y métodos arbitrarios, y, como en semejantes condiciones no halla lo que, por prejuicio de escuela, sus representantes tienen interés en no encontrar –el espíritu como sustancia independiente del organismo– lo niegan: porque su caudal pseudo-científico está formado a base de negaciones. A estos “científicos”, que forman una “ciencia” de relumbrón, sí, no titubeamos en declararlos en bancarrota. Hablamos aquí de la verdadera ciencia, de esa diosa augusta que no afirma ni niega nada a priori; que no teme la investigación de ningún hecho, por absurdo e inverosímil que parezca, ni a las condiciones y métodos que su naturaleza impone; que, animado de un profundo amor a la verdad, no se alimenta de prejuicios, sino de la luz espiritual que irradia la renovación constante de la vida.

El Espiritismo es una ciencia integral y progresiva: abarca todos los conocimientos humanos. No es una religión, aunque cultiva y espiritualiza los sentimientos religiosos. “La religión se va, la ciencia viene”, ha dicho alguien. Y no estará demás recordar a los neófitos y profanos que nuestro lema es: Hacia Dios por el amor y la ciencia.

## II

### ACTITUD DE LOS SABIOS FRENTE AL ESPIRITISMO

La mayor parte de los hombres de ciencia que han abordado el estudio del Espiritismo han empezado por negarlo, unas veces por espíritu de sistema, y otras, por considerar sus fenómenos contrarios a la ciencia y a la razón. Una vez en el terreno de lo hechos viéronse obligados a aceptarlos, con mucho escepticismo y reservas primero, contentándose con imaginar y acumular hipótesis explicativas y afirmar en la mayoría de los casos, que los fenómenos espiritistas *pueden explicarse* por otras hipótesis sin necesidad de recurrir a la intervención de los supuestos espíritus o almas de los difuntos. Pero es el caso que después de haberse acumulado, durante más de medio siglo, las más pintorescas y extravagantes hipótesis, no sólo *no se ha explicado* lo que se pretendía explicar, sino que esos mismos sabios, contrarios a la teoría espiritista, se vieron precisados de recurrir a ella, después de innumerables experiencias, de profundos estudios y de infructuosos esfuerzos para hallar una explicación antiespiritista de los hechos. Llegaron a la convicción de que sus rebuscadas hipótesis, cuando no eran arbitrarias a la naturaleza del fenómeno, eran incompletas para abarcar la variedad de los hechos; pues, aparte de los que *se podían explicar* –pero que aún no han recibido en contradicción con el Espiritismo, una explicación científica incontrovertible– por las teorías fisio-psicológicas o



ánimicas, quedaban otros, en cantidad muy apreciable, que sólo la teoría espírita es capaz de explicar y cuando estos hechos, estas manifestaciones de inteligencias no solamente extrañas al médium y a los circunstantes, sino también seres amigos, identificaciones de personas fallecidas –cuyo recuerdo les era querido–, se presentaron a ellos con toda la evidencia de la realidad, se vieron obligados a aceptar el Espiritismo con todas sus consecuencias filosóficas y morales.

Esta es la historia de la mayoría de los sabios que han abrazado el Espiritismo; y esta historia se repite día a día en cada uno de los científicos que se suman a sus filas, y que ya forman legión. Bastaría citar la actitud de Lombroso, que empezó, primero, por anatematizar a los espiritistas, negando hasta la posibilidad de los hechos, estudiándolos y aceptándolos luego, aplicándoles, después, su famosa teoría psiquiátrica y, desencantado de ella, más tarde, ante la variedad y naturaleza de las manifestaciones supranormales, acabó por hacerse espiritista y buscar en la mismas obras de Kardec la explicación que esas manifestaciones exigían, convencido de que ninguna de las teorías anímicas era capaz por sí sola de abarcar el «compacto mosaico» de hechos registrados en los anales del Espiritismo.

Esta misma, o parecida, fue la actitud del naturalista Wallace que, imbuido de las teorías evolucionistas de Herbert Spencer y de los materialistas de su época, *no había en su cerebro* –según sus propias palabras– *un lugar donde cupiese la idea del espíritu*; pero los hechos son cosas que no se refutan, y él se jactaba de ser esclavo de los hechos y ésta, o parecida, ha sido la actitud de la mayoría de los sabios que se han convertido al Espiritismo después de sus negaciones, de sus dudas, de sus vacilaciones, de inventar hipótesis y de reprochar a los espiritistas falta de capacidad experimental, de métodos apropiados, de control y de buen criterio para apreciar los hechos; reproches que, después de su conversión, otros sabios, escépticos e incrédulos, que se creían con más pericia, les hicieron a ellos, para convertirse a su vez a la verdad espírita que negaban.

De esta actitud adversa al Espiritismo y a los espiritistas, no pudieron escaparse ni el célebre William Crookes ni el ilustre Flammarion, a quienes tanto debe el Espiritismo. Ahí están sus obras para justificar lo que aseveramos.

El profesor Morgan escribe:

“Cosa fácil ha sido dar explicaciones naturales (a los fenómenos espiritistas), pero han sido insuficientes, y por otra parte, existe la dificultad en admitir la hipótesis espiritual, que es la más satisfactoria”.

Estas palabras, escritas hace más de medio siglo expresan con claridad el temor que tienen los sabios a que se les llame espiritistas y, de buena gana, muchos de los que hoy trabajan al amparo del “metapsiquismo”, aceptarían públicamente el Espiritismo, si no fuese por temor al nombre.

Si las hipótesis *naturales* son insuficientes para explicar los hechos, y la hipótesis espiritista es la más satisfactoria, ¿qué dificultad puede haber en proclamarla? Para el verdadero sabio ninguna; porque por encima de todos los prejuicios deben estar la ciencia y la verdad.

Cuando pensamos en los ataques de que es objeto el Espiritismo en nombre de la ciencia y de la razón; cuando vemos a sabios de renombre, pero legos en materia de Espiritismo, negar *a priori* los fenómenos psíquicos supranormales, atribuyéndolos a sofisticaciones y fraudes o a la alucinación; cuando vemos a otros, de no menos renombre y sabiduría, atrincherados en las teorías anímicas, haciendo exclusivismo de ellas y negando al Espiritismo su razón de ser; no podemos menos que decir: la historia se repite... los que hoy nos atacan en nombre de la ciencia y de la razón, serán mañana los que, con más ardimiento, en nombre de la ciencia y de la razón nos han de defender; así como nuestros enemigos de ayer, son hoy nuestros más decididos defensores y es por eso, también, que no dudamos que el metapsiquismo, después de sus andanzas por el mundo sabio, volverá como hijo pródigo al seno del Espiritismo, de donde salió, nutrido con su savia, mal aconsejado por el materialismo.

### III

## LA PRENSA PROFANA Y EL ESPIRITISMO

La prensa profana, suele ocuparse a menudo del Espiritismo; unas veces para acreditarlo, y otras las más, para impugnarlo en sus hechos o en su teoría, negando éstos o falseando aquélla.

Personas instruidas en las obras de los sabios que han estudiado experimentalmente el Espiritismo y lo han aceptado en sus fenómenos, o en éstos y en la doctrina que los informa, nos hacen notar esta ambigüedad de criterios en la prensa que, a pesar de profana, pretende estar al tanto del movimiento científico; ambigüedad que, lejos de ilustrar la opinión pública sobre una verdad científica, por demás comprobada, la desorienta y la mantiene en la indecisión. Dichas personas lamentan que la prensa espiritista haga caso omiso de los ataques y de los juicios infundados que se dirigen al Espiritismo. Aunque este reproche tenga su razón de ser, no es del todo justificado, ya que nuestra actitud defensiva, aunque fuese de todos los momentos, no llegaría, por esto, a acallar los ataques ni los falsos juicios de los detractores del Espiritismo, ni podría evitar que las revistas o diarios profanos, comenten a su antojo sus hechos o su teoría.

Es muy natural que la prensa que no tiene ninguna tendencia científica, ni filosófica, ni defiende otra ideología que aquella que beneficia sus intereses comerciales, trate de asegurar éstos y hacerlos prosperar, navegando a favor de todas las corrientes,



aunque prefiriendo siempre la que más contribuya a favorecer su negocio. De ahí que, tratándose de Espiritismo, sus columnas estén abiertas a los juicios más diversos y contradictorios, sin preocuparse, naturalmente, los directores, si estos juicios son o no fundados, si emanan de un conocimiento verdadero de los hechos y de la pericia de los hombres que los han experimentado. Se escribe para un público heterogéneo y de encontradas opiniones y como a tal se le sirve; un artículo o comentario para los que creen, otro para los que dudan y otro, u otros, para los que niegan, sin tener en cuenta la verdad o falsedad de lo que se dice, sino el satisfacer la curiosidad pública y las pasiones en juego, temiendo solamente no faltar al respeto -a veces demasiado servil e interesado- que deben a las viejas creencias religiosas o a las reservas de la ciencia oficial.

Como los intereses creados pueden resentirse con la exposición franca de la verdad espírita y como, por otra parte, el Espiritismo se impone a pesar de sus detractores y de los prejuicios científicos y religiosos, la prensa mercantilista se ve obligada a satisfacer calculadamente los deseos de los que creen y de los que niegan, a abonar la fe y la duda, manteniendo de este modo la clientela, pero perjudicando así los intereses legítimos de la ciencia y de la humanidad, por cuanto mantiene al público, que todo lo espera de su información, en la indecisión y en la ignorancia de una verdad científica, sostenida por los hechos y por el veredicto de los sabios más experimentados y eminentes.

No entendemos decir con lo expuesto que en materia de Espiritismo, la prensa profana tenga que mantener un criterio uniforme en cuanto a teorías, y que este criterio tenga que ser siempre favorable a la doctrina espiritista, puesto que cada cual es muy dueño de emitir opiniones y aventurar hipótesis sobre la base de los hechos. Pero creemos que la prensa que se dice "seria" y se jacta de orientar la opinión pública, ilustrándola en los problemas de la vida y, en particular, de la ciencia, debiera estar bien informada del inmenso caudal de fenómenos metapsíquicos que dan base al Espiritismo, fenómenos perfectamente controlados en las miles de experiencias realizadas por los hombres de ciencia, que son honra y gloria de la humanidad, y no debiera permitir que en sus columnas se emitiesen juicios respecto al Espiritismo sino a quienes lo han estudiado en sus fenómenos o en sus obras fundamentales. Pues así como



se concede autoridad a un astrónomo (y no a un charlatán cualquiera) cuando se quiere ilustrar al público sobre astronomía, o a un médico, cuando se trata de medicina, tratándose de Espiritismo, sólo debe reconocerse autoridad a quienes se han especializado en su estudio y no a cualquier intruso (tenga o no títulos en otras materias) que por haber conquistado un poco de fama literaria, se cree con derecho a abordarlo, sin conocerlo, o conociéndolo muy imperfectamente.

Los que sintiendo amor a la verdad, quieren saber lo que hay de cierto en el Espiritismo, no deben conformarse con las crónicas científicas o simples comentarios de la prensa profana, cuyos juicios, casi siempre interesados y llenos de prevenciones, no pueden satisfacer a la sana curiosidad de quienes desean instruirse: consulten las obras de Richet, de Morselli, de Lombroso, de Bozzano, de Osty o de Geley, y si quieren tener un juicio más acabado de la verdad que encierra esta nueva ciencia del alma, completen este estudio con las obras de Crookes, de Wallace, de Flammarion, de Aksakof, de Delanne, de Kardec, etc.

Bien seguro que muchos de los críticos del Espiritismo, que escriben en nuestra prensa profana, no se han tomado el trabajo de consultar las obras de estos sabios y mucho menos de estudiar los hechos en el terreno experimental. Tales críticos no hacen mella en la opinión de los hombres amantes de la verdad, porque éstos irán a buscarla a sus fuentes genuinas. Por lo demás, la crítica de tejas arriba, esa que se hace al margen de los hechos, jamás ha edificado nada en el terreno de la ciencia y de la verdad.

## IV

### **¿CUÁL ES EL CONCEPTO QUE TIENEN LOS ESPIRITISTAS DE DIOS?**

Trataremos de responder a esta interrogación en la forma más clara y sintética que nos sea posible, a fin de definir nuestra posición filosófica respecto a Dios, frente al ateísmo, que lo niega, al panteísmo, que lo identifica con el mundo, reduciendo los dos términos, lo finito y lo infinito, lo variable y lo inmutable a una sola sustancia y al fideísmo o teologismo que, partiendo de la fe o razonamientos a priori, lo personaliza o antropomorfiza.

El espiritista concibe a Dios como el Espíritu que anima a la Naturaleza, como la Inteligencia Suprema que rige los destinos del Universo, que regula por medio de sus leyes eternamente establecidas todos los movimientos de la vida; pero no lo define; porque definir a Dios es limitarlo al grado de nuestra capacidad; es circunscribir sus atributos al límite de los nuestros; es relativizar lo absoluto, hacer del Espíritu universal, infinito, un ser limitado y personal.

El espiritista no tiene la pretensión de conocer la esencia ni la naturaleza de Dios: ignora lo que El es y cómo es; pero sabe que existe y presente su infinita grandeza y sabiduría: las obras de la Naturaleza le revelan su augusto poder. Con el mismo método que demuestra la supervivencia del alma, establece la existencia de Dios: no lo admite a priori ontológicamente, sino racionalmente, fundándose en el estudio de las manifestaciones naturales y en las luces de la ciencia y de la filosofía y,

sobre todo, en el conocimiento del espíritu humano, la más elocuente manifestación de la Inteligencia Suprema: la psicología de su punto de partida. No parte de Dios para explicar el mundo y el espíritu; parte de éstos para llegar a la noción ilustrada de Dios.

Para el espiritista, la idea de Dios es tan antigua como el mundo: no fue creada por la imaginación del hombre ni por un proceso lento de la especie; fue intuitiva antes que razonada; despertó en el hombre apenas éste tuvo conciencia de su existencia y de su inferioridad frente a un poder infinitamente superior, al cual, en relación a su grado de inteligencia, no pudo menos que reconocer, cualquiera que haya sido la forma o la naturaleza de su concepción.

El argumento fundamental del deísmo espiritista, es de una lógica axiomática, irrefutable: no hay efecto sin causa: todo efecto inteligente obedece a una causa inteligente: de la magnitud del efecto se deduce la magnitud de la causa. La magnitud intelectual que requieren las obras de la naturaleza es infinitamente superior a la que requieren las obras del hombre. Y, desde luego, como no hay ciencia ni filosofía capaces de demostrar que no existe inteligencia en la Causa que rige los destinos del Universo sin negarla en el hombre —lo que es imposible, por ser ésta de una evidencia a toda prueba— y como el hombre, por muy sabio que sea, es siempre un efecto de una causa superior, que, por ser tal y colocándola por encima de toda la sucesión de causas y efectos inmediatos, es infinitamente más sabia que él, hay necesariamente que admitir la Causa Suprema, consciente y soberanamente inteligente, o creer en el absurdo de que una causa ciega puede producir efectos inteligentes. Si el hombre, y los animales inclusive, fuesen el resultado de fuerzas ciegas, como pretenden los materialistas, habría que preguntarse por qué estas fuerzas dejan de ser ciegas al organizarse y cómo pueden organizarse inteligentemente.

El espiritista ve que en la naturaleza todo se mueve y obedece a un plan determinado, inteligente y armónico; que un poder omnipotente gobierna el Universo poblado por millares de cuerpos siderales que gravitan en el espacio infinito con movimientos constantes y ordenados, con precisión matemática, en un concierto armonioso y con un fin providencial; y que una fuerza

directriz dirige los átomos y los organiza según el tipo de cada especie y esto establece la diversidad y regularidad de los sexos, la unidad andrógina, para reproducción y conservación de las especies y por medio de la selección natural tiende al perfeccionamiento orgánico y psicológico de cada tipo en particular y de las especies en general, dentro de la genealogía de las especies similares, y que esta misma fuerza, inteligente y previsor, ha unido sabiamente en el instinto generatriz y efectivo el placer y el dolor para, como dijo Schopenhauer, asegurar “el querer vivir de la especie”; ve que un poder omnisciente se manifiesta en la complicada organización de los seres en sus sistemas y en sus órganos adaptados a los movimientos y necesidades de la vida, en la constitución histológica de sus sistemas nerviosos, y en especial el del hombre, y en la sabia disposición y estructura de nuestros órganos y centros de percepción, en la facultad electiva de las plantas, en el instinto e inteligencia de los animales y, sobre todo, en las facultades espirituales del hombre, en su conciencia, en su razón, en su genio y en su voluntad, que prueban elocuentemente la existencia de un espíritu en la naturaleza, de una inteligencia previsor y organizadora de todo cuanto existe. Y a este espíritu universal, omnisciente y absoluto, a esta inteligencia suprema es a lo que el espiritista llama Dios.

El concepto que los hombres y los pueblos se formaron del Ser Supremo estuvo en relación con su desarrollo moral e intelectual, con su grado de comprensión del Universo, con sus sentimientos estéticos y afectivos. Los que son capaces de sentir y comprender las armonías de la naturaleza, de descubrir y apreciar la inteligencia que rige sus destinos y, en fin, de conciliar las anomalías y las antinomias aparentes de sus leyes, y de los contrarios deducir una síntesis armónica, son también los más capaces de comprender y de apreciar a Dios.

La dialéctica deísta-espiritista consiste, pues, en una serie de razonamientos lógicos, fundados en el encadenamiento de causas y efectos naturales y de sus leyes, a veces aparentemente contradictorias, que obedecen a un principio inteligente, que parten de él y van a parar a él y que lo mismo puede llamarse causa primera, que razón última.

Veamos ahora en qué se diferencia el deísmo espiritista del que sustentan las teocracias y la mayoría de las religiones, lo mismo que del panteísmo en sus diversas concepciones.



Las teocracias y las religiones en su mayoría no se diferencian gran cosa del politeísmo: pues si éste llegó a divinizar las fuerzas de la naturaleza, los astros y los animales, poblando de dioses el cielo y la tierra, cayendo en las aberraciones más monstruosas hasta rendir culto a los órganos generatrices de la vida, y haciendo de cada cosa un dios, aquellas, en cambio, ponen un dios en cada cosa y en cada lugar, diciendo, según la frase consabida, que «dios está en todas partes», y con la cual no quieren significar el concepto *panenteísta* del Espiritismo que, como veremos más adelante, considera al Ser Supremo como el Alma del Universo, en cuyo seno, y en virtud de sus atributos, todo existe y se mueve y fuera de la cual no hay existencia alguna, sino como un ser personal y caprichoso que lo mismo se individualiza y habla con Adán, en el paraíso, que en los cielos con los arcángeles, que descienden al Sinaí a dar personalmente instrucciones de moral a Moisés, o manda mensajes a Mahoma, o bien se divide en tres personas distintas, una finita y otra infinita y la tercera todo y nada a la vez, o se localiza en el vientre de María; que, en fin, lo mismo se cierne en forma de anciano en el espacio, entre doradas nubes, que se circunscribe íntegramente en el límite reducido de una célula.

Si el politeísmo ha hecho de cada cosa un dios y el monoteísmo teocrático y religioso lo ha personalizado, dividido y circunscrito, el panteísmo, en cambio, ha hecho de cada ser y de cada cosa un fragmento de Dios, y de Dios la suma o el producto de todos los seres y cosas del mundo; ha establecido, a priori, con Spinoza, la identidad sustancial entre lo relativo y lo absoluto, entre lo variable y lo inmutable y considerado al mundo como un puro fenomenismo, como la expresión de Dios. Dios es la sustancia pensante y el mundo el modo de su pensamiento. Y he aquí que si se afirma la realidad sustancial y positiva del mundo, se niega la existencia de Dios, y si se afirma la existencia de Dios como única sustancia, se niega la realidad positiva del mundo y se cae en escepticismo y en el absurdo de negar nuestra propia existencia. Haeckel ha expresado también con su concepción monista del Universo el pensamiento panteísta de Spinoza, y ha perfeccionado esta doctrina haciéndola accesible a las nuevas concepciones de la ciencia y de la filosofía natural; teoría que hoy es aceptada con el nombre de neo-

panteísmo y sirve de refugio a eminentes sabios, que hasta hace poco militaban en las filas materialistas y que hoy, merced a la psicología experimental y al Espiritismo, véñse obligados a admitir un principio espiritual en el hombre y en la naturaleza, pero sin establecer ninguna diferencia sustancial entre ambos. Y es muy natural que así sea y que, a fin de no destruir el *monismo*, traten de conciliar todas las fuerzas de la naturaleza, de identificar a Dios con el mundo y hacer del espíritu humano una parte integrante del espíritu universal. Pero la ciencia está muy lejos de afirmar esta identidad.

En cuanto a la filosofía espiritista, es *panenteísta* y no panteísta: cree que *todo está en Dios*, y no que *todo es Dios*. Dice Allan Kardec:

“La inteligencia de Dios se revela en su obras, como la del pintor en el cuadro; pero, tan lejos están de ser las obras de Dios el mismo Dios, como está de ser el cuadro el pintor que lo concibió y ejecutó”.

“Dios está en todas partes porque *irradia en todas partes* y puede decirse que *el Universo está sumergido en la divinidad* como nosotros lo estamos en la luz solar”.

Y Flammarion puntualiza:

“Dios no puede estar fuera del mundo, sino que está en el mismo lugar que el mundo, del cual *es el sostén y la vida*». Si no temiésemos que se nos acusase de panteístas, añadiríamos que es *el alma del mundo*”.

Léon Denis expresa este mismo concepto:

“La idea de Dios no expresa hoy para nosotros la de un ser cualquiera sino la idea del *Ser que contiene a todos los seres...*”

El Doctor Gustavo Geley expresa en su interesante obra *Interpretación sintética del Espiritismo* la idea de un “*panteísmo grandioso*” que, según él, se desprende de la filosofía espiritista; pero debemos confesar que esta idea, por el hecho mismo de



su grandiosidad, no corresponde al término *panteísmo*, que es demasiado estrecho para contenerla, máxime cuando el mismo Geley, en la citada obra, se pregunta con la sabia prudencia del filósofo que no aventura juicios prematuros, si

“¿somos una parte integrante, una parte *exteriorizada* o una creación pura y simple de la divinidad...?”

y deja la solución al porvenir del espíritu. El término que, a nuestro juicio, corresponde al deísmo espiritista es el de “*panenteísmo*” que hemos adoptado en este trabajo y que hemos tomado de Krause, célebre filósofo alemán, que hizo honor a su siglo y a la filosofía espiritualista.

## V

### **LAS HIPÓTESIS Y EL FENOMENISMO ESPÍRITA**

Muchas son las hipótesis que se han formulado para explicar los fenómenos psíquicos supranormales con prescindencia de la teoría espírita, pero por una razón muy natural y muy lógica nadie ha podido encontrar, haciendo exclusión de ella, la causa, ni explicar satisfactoriamente la naturaleza de dichos fenómenos, ya que no pueden éstos tener dos explicaciones sustancialmente distintas, y en muchos casos contradictorias, que sean ambas verdaderas y porque el Espiritismo, como ciencia psicológica experimental y racional, no sólo abarca el estudio de las manifestaciones psíquicas ultraterrenas sino también las de naturaleza u origen anímico, las del alma relacionada con el organismo. Y entre dos teorías aplicadas a los mismos fenómenos, siempre ha de ser superior aquella que mejor los explique en particular y en general, la que dé la razón científica de su conjunto y esté más en concordancia con sus manifestaciones, y no la que dé razón de unos y sea incapaz de explicar los demás. Huelga decir que el Espiritismo está en el primer caso.

No obstante, la prevención en contra de la teoría espírita ha aguzado el ingenio de positivistas y materialistas que, viendo en peligro sus tendencias, ante el avance del Espiritismo, vense obligados a buscar refugio en hipótesis atrevidas y capciosas a fin de dar una razón cualquiera de los hechos, con tal de no admitir la independencia y supervivencia del alma. Primeramente

negaron los hechos, atribuyéndolos a fraudes, supercherías, alucinaciones, sugestión y, en muchos casos, a incapacidad o predisposición mental de los experimentadores. Luego, cuando todo esto se consideró imposible, en virtud de las medidas de riguroso control para evitarlo, se atribuyeron a supuestos estados patológicos de los médiums a quienes se consideró sujetos neuróticos, histéricos o demoníacos. Cuando el histerismo, la neurosis, etc., no pudieron explicar los hechos –ya que abundan los histéricos y neuróticos que no son médiums, y médiums que no padecen estas afecciones– se acudió en algunos casos a la dualidad cerebral, a la transformación y proyección de la fuerza psíquica, debido a ciertos estados, o funcionamiento anormal del cerebro del médium, y, en otros, a la transmisión del pensamiento, a la telepatía, etc., que el positivismo materialista negó primeramente. Cuando todas estas hipótesis fueron impotentes para abarcar todo el fenomenismo espírita se echó mano de la teoría del doble, del desdoblamiento de la personalidad, de la subconsciencia y de la superconsciencia, lo que es mucho admitir para sistemas que niegan el alma como entidad independiente del organismo.

Hoy los sabios materialistas más reacios a la teoría espírita han imaginado las hipótesis más artificiosas y extravagantes, con tal de no admitir lo que las mismas manifestaciones dicen o demuestran ser; y, lejos de dar una explicación lógica y razonable de los hechos, se devanan los sesos en abstrusas invenciones para hacer, de lo que, en muchos casos, es claro, lógico, natural y evidente, un problema sin solución posible, puesto que parten de un prejuicio sistemático que les inhabilita para poder explicar las manifestaciones psíquicas trascendentales por la verdad que de ellas se desprende sino que, por el contrario, pretenden que éstas se ajusten a su criterio opuesto a la verdad. Se quiere envolver los hechos en la oscuridad de teorías rebuscadas y resolverlos arbitrariamente con ellas; pero la naturaleza de estos hechos se rebela contra las maquinaciones de esos sabios que, lejos de ser los intérpretes de esta nueva verdad, son sus más recalcitrantes enemigos.

Se dice que la teoría espiritista es prematura o que no puede ser admitida por no estar aún suficientemente probada o porque los hechos, para el criterio o la inexperiencia de algunos sabios prevenidos contra la creencia en la inmortalidad del alma,

no responden a ella. Pero si hay teorías o hipótesis que en la explicación del fenomenismo espírita no pueden ser aceptadas por la ciencia son aquellas que, lejos de resolver el problema, lo embrollan y lo hacen eternamente insoluble e inaccesible a la experiencia.

Las hipótesis puramente metapsíquicas como la prosopopeya-metagnomia, que atribuye todas las personalidades mediúmnicas a la sugestión combinada con la clarividencia del médium; la ideoplastia, que da a éste la facultad de objetivar el pensamiento, materializar y hasta fotografiar sus imágenes y las creaciones de su fantasía, darles movimiento, vida, conciencia, volición e inteligencia; la que pretende que nuestra memoria, nuestra conciencia, etc., pueden sobrevivir a nuestra muerte, vagar en el espacio, introducirse o mezclarse en la conciencia del médium y dar la ilusión de nuestra identidad, habiendo nuestra personalidad psíquica desaparecido y quedado completamente anonadada; la que, como pretenden otros “positivistas” (Véase Troilo: *El Misticismo Moderno*) por ley de herencia fisiopsicológica podemos conservar en nuestra subconsciencia la imagen, idiosincracia, pensamiento, idiomas, hábitos, etc., de nuestros antepasados y en estado mediúmnico reproducirlos, materializarlos, dibujar sus retratos, escribir con su misma caligrafía, hablar sus lenguas, etc., dando a cada ascendiente su personalidad propia, nueva forma de prosopopeya; todas estas hipótesis, decimos, improbables, absurdas, estrafalarias. lejos de explicar los fenómenos espíritas, los sumen en el más profundo misterio y hacen desesperar a los mismos sabios que los formulan, de llegar jamás al conocimiento verdadero de sus causas y de probar positivamente la verdad de sus teorías. Y de ahí esa perplejidad y escepticismo en que se encuentran los sabios positivo-materialistas más aún después de haberse devanado los sesos para formular las más absurdas hipótesis: hipótesis que “pueden” explicar –según ellos–, pero que en realidad nada explican, porque van en busca de la verdad por senderos tortuosos que los alejan de ella.

Si se admite que manifestaciones como las de *Katie King*, observadas por Crookes; la de *Estela y Franklin*, relatadas por Livermore; las de William Stead, debidas a su propia mediumnidad, y otras análogas: los miles de casos de identifi-

cación de difuntos, los de xenoglosia, sin que el médium ni los asistentes conozcan el idioma del espíritu manifestante, los de escritura y los de voz directa, los de fotografías trascendentales de difuntos conocidos por personas ajenas a la sesión, los de avisos o revelaciones de secretos sólo conocidos por el espíritu o entidad comunicante, y mil otros de diverso orden espírita; si se admite, en fin, que todas estas manifestaciones pueden ser explicadas positivamente por las hipótesis más arriba enumeradas: que son creaciones de la mente del médium o del ambiente mediúmnico, sugerencias, ficciones, fantasmagorías, prosopopeya, fragmentos de conciencia y de memoria de un ser que ha desaparecido completamente, reminiscencias hereditarias de la especie, reflejos de nuestros antepasados, etc.; hay mil razones para volverse escéptico respecto a la realidad del mundo objetivo que nos rodea, para creer con los sofistas que todo cuanto existe: nuestros padres, nuestros hijos, nuestros parientes, y amigos, todos los seres y cosas que están a nuestro alrededor y que hieren nuestros sentidos, y aun nosotros mismos, somos puros fantasmas sin realidad ni existencia positiva alguna, que no somos capaces de probar ni lo que creemos ser, ni lo que no creemos ser. Y a esta impotencia e incertidumbre nos arrastraría el escepticismo de los sabios materialistas si la verdadera ciencia espírita y su filosofía no diesen la razón filosófica de los hechos.

## VI

### **CONDICIONES FÍSICAS, PSÍQUICAS Y MORALES DEL MÉDIUM**

#### ***Qué debe entenderse por médium***

Antes de entrar a considerar estas condiciones, es necesario definir con claridad lo que debe entenderse por la palabra médium. En general se ha llamado así a cualquier persona que poseyera alguna facultad trascendental como la de ver cosas que están fuera del alcance de su vista (clarividencia), percepción de acontecimientos distantes en el momento o antes de suceder (moniciones y premoniciones); la de ver y oír a quienes creen ser almas de personas fallecidas; la de hablar y accionar bajo la influencia de dichas entidades como si hubieran encarnado en su cuerpo, y finalmente, la producción de efectos físicos: movimiento de objetos sin contacto (telequinesia) y materialización de formas (ectoplasmia).

La mayoría de los espiritistas, hasta hace poco tiempo han considerado como una cosa casi axiomática que toda la enorme variedad de estos fenómenos trascendentales eran producidos siempre por entidades espirituales, considerando que la función del médium estaba limitada a la prestación de sus fuerzas vitales a los espíritus, para que éstos puedan manifestarse.

En consecuencia, se ha dado poca importancia al estudio de la intervención que el médium podría tener en la producción de los fenómenos: la solución a priori del problema, ha paralizado



en gran parte el estudio, concentrando el interés en descubrir las personas que tuvieran el don natural de exteriorizar sus fuerzas vitales.

A pesar de este prejuicio y gracias a los hombres de ciencia que investigaron los fenómenos espiritistas sin adelantar conclusiones, y también a los progresos hechos en el estudio de la psicología, se ha descubierto que el papel que desempeña el médium no es tan simple como se creía, ni es tan indiscutible que siempre un fenómeno metapsíquico sea producido por algún espíritu.

Está ahora bien establecido que, por lo contrario, estos fenómenos pueden ser producidos directamente por la acción del propio sujeto, es decir, que el llamado médium puede tener la facultad de exteriorizarse y actuar independientemente de su organismo.

El estudio de la constitución psíquica del ser humano, realizado principalmente por medio del hipnotismo, ha revelado, por otra parte, la existencia de la subconsciencia y las capacidades asombrosas que ésta posee, permitiendo comprender la relación estrecha que ella tiene con la mediumnidad, como también puede la subconsciencia producir manifestaciones que se asemejan muchísimo a las verdaderas comunicaciones de espíritus.

Me refiero principalmente a la facultad de formar sub-personalidades en obediencia a las órdenes sugeridas durante el sueño hipnótico. Si el hipnotizador le dice a un sujeto, por ejemplo, que es un viejo general, éste adopta inmediatamente los gestos, actitudes y manera de hablar que el concepto corriente atribuye a tal personaje. Cuando esa sugestión se particulariza con determinada persona, el sujeto reproduce con asombrosa fidelidad su manera de ser y hasta los rasgos de la escritura.

Fenómenos como estos, demuestran concluyentemente que la subconsciencia posee la facultad de representar objetivamente con gran fidelidad las escenas o papeles que se le sugieren, personificando ya sea las invenciones de su imaginación o los datos que lee en el pensamiento del hipnotizador.

Habiéndose establecido, por otra parte, la posibilidad de la auto-sugestión, es fácil comprender que un sujeto influido por deseos propios o ajenos pueda imaginarse que está poseído por un espíritu determinado y actuar como si lo estuviera de verdad. Esto no es un caso hipotético, sino por lo contrario, algo que ocurre por desgracia con demasiada frecuencia.

No todos los que creen o parecen ser médiums, lo son en realidad. Se confunde muy a menudo, por falta de conocimiento y de estudio, a simples sujetos autosugestionados con médiums verdaderos, y también se atribuyen a la mediumnidad y a la acción de espíritus que se supone tratan de comunicarse, muchos casos que son sólo trastornos y desequilibrios psíquicos.

La línea que separa estos sujetos anormales de los verdaderos médiums, no es en verdad muy precisa. Sucede con frecuencia, que los que tienen alguna facultad mediúmnica, es decir, aquellos que los espíritus pueden utilizar más o menos bien para comunicarse, mezclan inconscientemente con lo que el espíritu desea expresar por su intermedio, mucho de lo que es sólo producto de su propia fantasía. Esto ocurre en mayor escala de lo que generalmente se cree, y se necesita mucho juicio crítico y cuidadosa observación para descubrir esas interferencias.

Podemos, con estos conocimientos, circunscribir a límites más estrechos y exactos el significado de la palabra médium. Sólo debe llamarse así a los que sirven verdaderamente de medio de comunicación para los espíritus, sin obstruir, ni modificar, ni agregar nada a lo que ellos quieren transmitir. Un verdadero médium debe ser como un instrumento de precisión para el espíritu que lo utiliza; tan finamente equilibrado y tan sensible, que no haya la más mínima causa de error.

### ***Constitución psíquica***

Para comprender mejor en qué condiciones puede realizarse este requisito esencial, conviene analizar, aunque sea someramente, el mecanismo de la mediumnidad, es decir, el medio de que se vale el espíritu para utilizar el organismo del médium. Para esto tenemos que hacer una breve digresión y considerar la constitución psíquica del individuo.

En todo ser existe una actividad psíquica inconsciente, cuya acción se nos hace más manifiesta en el hecho de la dirección de los movimientos musculares coordinados, resultantes de un aprendizaje anterior.

En cualquier acto que ejecutemos, por ejemplo, caminar, escribir o hablar, entran en acción numerosos músculos que deben moverse en forma ordenada y armónica, colaborando unos

con los otros, para imprimir a los miembros el movimiento, dirección y velocidad precisos para que ejecuten nuestro deseo. Los actos referidos son conscientes, pero no así la compleja combinación de movimientos de que se componen. Todas las coordinaciones musculares parecen automáticas, porque se ejecutan sin la atención detallada de nuestra voluntad, pero en realidad son dirigidas por el psiquismo inconsciente.

Si nos detenemos a pensar cuán compleja es la combinación que deben efectuar simultáneamente la lengua, los músculos faciales, el pecho y las cuerdas vocales, para articular las palabras, y la rapidez con que se suceden los distintos movimientos de estos órganos en el acto de hablar, podemos formarnos una idea de lo eficaz y constante que es la acción del psiquismo inconsciente, en nuestra vida diaria.

Este psiquismo dirige, además, todas las funciones vitales del organismo y tiene el control inmediato de la materia que lo constituye. En este rol de director del mecanismo orgánico, su acción es instintiva y autónoma: funciona siguiendo las directivas determinadas por su evolución milenaria; pero en sus funciones más elevadas, depende directamente del psiquismo consciente; se amolda a los deseos, pensamientos y emociones del espíritu y es su vehículo de expresión. Así, por ejemplo, en el caso ya citado del hablar, sólo pensamos lo que deseamos decir y las palabras brotan de los labios sin que prestemos una atención detallada a la acción de articularlas, e igualmente, cuando un sentimiento de enojo o de alegría nos embarga, la expresión del rostro se modifica, involuntariamente, para reflejar nuestro estado de conciencia.

Habitualmente el psiquismo inconsciente responde a los dictados de la voluntad, pero suele suceder que actúa a pesar de ella, que escapa a nuestro control, como cuando nos vemos impotentes para reprimir la tentación de risa o revelamos con el gesto un pensamiento o emoción que deseábamos ocultar.

El individuo podría compararse a un sistema radiotelefónico en el cual el espíritu representa la estación transmisora, sus pensamientos y emociones las ondas que emite, el psiquismo inconsciente el aparato receptor que las recibe, y el cuerpo el altoparlante que las objetiva.

De acuerdo con esta noción, puede afirmarse que, cuando una entidad espiritual toma posesión de un médium y lo utiliza para expresarse como si estuviera encarnado en su cuerpo, lo

que ocurre es que la voluntad de dicha entidad ha sustituido a la del médium en el dominio de su psiquismo inconsciente. De la forma y condiciones en que se opera esta sustitución del dominio, el mayor o menor grado en que se realiza, o sea si es total o parcial y la mayor o menor obediencia del psiquismo a la idea del espíritu, dependen la normalidad del médium y la fidelidad de las comunicaciones.

Fundándonos en estos conocimientos, podemos ahora analizar, con mayor facilidad, cuáles son las condiciones que debe reunir el médium para cumplir el requisito esencial a que me referí al principio, es decir, que sea como un instrumento de precisión para el espíritu.

Estas condiciones son: salud física, normalidad psíquica, sensibilidad, pasividad, idealismo. Considerémoslas en su orden.

### ***Salud física***

Es casi axiomático que el médium debe poseer una buena salud. Un trastorno fisiológico cualquiera, impone generalmente una traba al libre desarrollo del pensamiento y enturbia la claridad de las ideas, ya sea porque el dolor o la simple molestia distraen la atención o que el organismo debilitado no puede proveer al cerebro la energía vital necesaria para su buen funcionamiento. Esta limitación se hace sentir con mayor intensidad en el caso de la comunicación mediúmnica, pues, además de embotar la permeabilidad del cerebro para las ideas, exige al espíritu comunicante un mayor esfuerzo, que perturba su dominio sobre el médium. Además, según lo ha establecido la experiencia, la comunicación mediúmnica exige un desgaste adicional de fuerzas físicas. Los médiums sienten cansancio después de las sesiones, si bien se reponen muy rápidamente cuando trabajan en un ambiente apropiado.

El desgaste de fuerzas es especialmente considerable en la producción de fenómenos de efectos físicos, por lo cual es necesario que el médium no solamente sea sano sino también robusto. Es un hecho bien establecido, que la claridad de las comunicaciones inteligentes y la intensidad de los fenómenos físicos, decaen notablemente cuando el médium, por cualquier causa, no se encuentra en su estado normal. La salud y el vigor físicos son, pues, condiciones primordiales para la buena mediumnidad.

### ***Condiciones psíquicas***

Estas deben ser tales, que permitan a las entidades espirituales adquirir un control perfecto del psiquismo inconsciente del médium a fin de que responda en absoluto a su voluntad, sin que le sea necesario vencer resistencias instintivas ni luchar contra hábitos adquiridos; pero debe llegar a ese dominio en una forma natural, sin ejercer ninguna clase de violencia ni producir desequilibrio alguno, y de tal manera que, al dejar de utilizarlo, pueda restituir al médium con toda seguridad y sin quebranto a su estado normal anterior. Esto está pronto dicho y parece sencillo, pero, en realidad, para llegar a este resultado se requiere un entrenamiento paciente y delicado.

### ***Normalidad psíquica***

Es una condición indispensable, que el sujeto tenga una completa normalidad psíquica.

De acuerdo al bosquejo que hemos hecho sobre la constitución del ser humano, podemos considerar cualquier anomalía psíquica como indicación de un desequilibrio entre la voluntad y el psiquismo inconsciente, es decir, que este último, en vez de estar sometido a la dirección centralizadora del yo, se ha independizado, más o menos y actúa bajo el impulso de cualquier idea que llega a impresionarlo.

Este estado da lugar a manifestaciones susceptibles de confundirse con algunos fenómenos mediúmnicos, como, por ejemplo, la formación de pseudo-personalidades. No es, por otra parte, improbable que, en forma ocasional, algún espíritu consiga influenciar el psiquismo disociado del sujeto. Pero este caso nada tiene en común con la verdadera mediumnidad en que el control es metódico y ordenado y producido a voluntad. La situación de anarquía y desorientación en que se encuentra el psiquismo inconsciente de un anormal, es el menos apropiado para que pueda recibir y expresar ordenadamente las ideas de una entidad espiritual. Por lo contrario, para que el psiquismo del médium esté en condiciones de responder fielmente a las inspiraciones del espíritu que lo utiliza, debe aquél funcionar dentro de sus limitaciones naturales y estar acostumbrado a obedecer espontáneamente a la dirección consciente del médium, lo que equivale a decir que éste debe ser enteramente normal.



## **Sensibilidad**

Hemos dicho ya, que el control debe ejercerse sin violencias y en una forma natural. A esto sólo se llega después de un desarrollo progresivo y generalmente lento, que consiste principalmente en la sensibilización del médium a las fuerzas espirituales, en combinación con las de los demás componentes del círculo.

El médium puede aumentar su sensibilidad, observando una actitud receptiva, durante las sesiones, del mismo modo que el oído se afina cuando se ejercita escuchando con atención sonidos apenas perceptibles. Es importante, para alcanzar el mayor grado posible de sensibilidad, que el médium sesione exclusivamente en un ambiente invariable, es decir, en una sola sociedad y acompañado de las mismas personas. Los cambios de ambiente a que se someten aquellos que evocan fuera del centro en que se han formado, en sus casas u otros círculos, entorpecen y desorientan su sensibilidad mediúmnica.

## **Pasividad**

Es general, dentro de las prácticas espiritistas corrientes, considerar que esta condición se cumple, si el médium observa una actitud tranquila durante las sesiones pero las exigencias de la verdadera pasividad necesaria van mucho más lejos que esto. El objeto de la pasividad, es que ningún pensamiento, preocupación, deseo, ni temor, lleguen hasta el psiquismo inconsciente del médium, que, cuando está en estado de trance, es muy sensible a cualquier influencia. Podría compararse a una superficie de aguas tranquilas, donde se reflejan las ideas del espíritu que se comunica, y en la que la más leve perturbación produce ondulaciones que borronen los contornos de las imágenes reflejadas.

Así como no se puede producir el silencio sino de una manera indirecta, o sea por eliminación de los sonidos, la pasividad sólo se consigue evitando las causas que estorban la tranquilidad del pensamiento.

El médium puede contribuir, en gran parte, a este resultado, ejercitándose en el dominio de su pensamiento, para hacerlo permanecer inactivo durante las sesiones. Esto no es fácil conseguirlo. En la vida diaria, muy pocas veces ocurre que intentemos alejar las ideas que de continuo flotan en el campo de nues-



tra conciencia, pero cuando en una noche de insomnio, por ejemplo, procuramos conciliar el sueño, nos damos entonces cuenta de lo difícil que es detener la actividad mental.

Los médiums de posesión son, por regla general, conscientes de lo que hablan durante el trance y deben acostumbrarse a no hacer comentarios mentales de lo que les hacen decir, sino estar como simples espectadores y dejar hacer a la entidad que los controla.

### ***Ambiente y educación***

Debe tener el médium bien presente, que desempeña el papel de un simple transmisor, de ningún modo responsable ni solidario de lo que dice cuando está en trance: pero no le será posible observar tal actitud, si tiene la debilidad, como sucede a menudo, de considerar un mérito el que se manifiesten por su intermedio espíritus elevados o de renombre histórico, ni tampoco si le preocupa lo que pensarán los que le escuchan. En cualquiera de estos casos es fatal que, aun involuntariamente, tratara de ejercer una especie de censura sobre lo que dice, y ofreciera así un serio obstáculo a la nitidez o fidelidad de la comunicación, sustituyendo, en gran parte, sus propias ideas a las del espíritu.

Más delicado aún, es evitar las interferencias subconscientes producidas por los conceptos erróneos que tenga el médium sobre el ejercicio de su facultad, o sus deseos respecto al desarrollo de la sesión, su estado de ánimo y también la influencia que, por transmisión mental, ejercen los demás componentes del círculo.

Cuando el médium cree que su facultad es algo exclusivamente propio, que puede usar a su antojo en cualquier lugar y hora; cuando cree que las entidades espirituales están a sus órdenes para concurrir cuando a él se le ocurra llamarlas, y puede evocar a su deseo cualquier espíritu determinado, el pariente tal o el amigo cual; cuando espera que esos espíritus vengan a darle consejos de cualquier índole que sea o requiere de ellos recetas curativas, y exista, en fin, cualquiera de los tantos motivos de interés mezquino y personal que han constituido, el principal atractivo de las sesiones para muchos de los espiritistas del pasado y, aunque sea penoso decirlo, una gran

porción de los espiritistas del presente, es entonces seguro que el médium está bien lejos del estado requerido de pasividad. Lo está, igualmente, cuando se siente adulado por motivo de su facultad, cuando pretende dominar y ser la figura central, como en esas sociedades que el médium es a la vez el director o hermano mayor y se cree acreedor a prerrogativas o a la veneración de sus consocios. De estos defectos, justo es decirlo, no hay que culpar del todo a los médiums, sino en gran parte también a la ignorancia y fanatismo de los creyentes, que les forman una aureola de santidad, considerándolos seres privilegiados o misioneros enviados por la divinidad.

Todas estas pequeñeces humanas, egoísmos, intereses mezquinos y conceptos triviales, han formado alrededor de las prácticas espiritistas una rutina esterilizante y un criterio estrecho, dentro de los cuales es imposible que los médiums encuentren el ambiente apropiado para colocarse en la debida condición mental, serena y apacible.

Es necesario reaccionar contra ese estado de cosas y reafirmar bien el concepto de que los centros espiritistas deben ser pura y exclusivamente aulas de estudio, donde se concurre a indagar, por medio de la observación y análisis de los fenómenos y las comunicaciones, todo ese nuevo mundo de fuerzas y estados de la materia que ellos dejan entrever y las potentes facultades del ser, hasta ahora desconocidas y, en fin, todo lo que atañe a la vida del espíritu y, las leyes que la condicionan.

Es sólo en un ambiente así, impersonal y elevado, donde el médium podría sentirse rodeado de los elementos cultos y estudiosos, capaces de inspirarle la absoluta confianza y tranquilidad que es necesaria para que pueda entregarse por entero, sin recelos, reservas ni temores.

### ***Idealismo y cultura del médium***

El médium debe naturalmente comprender la gran importancia que tiene el Espiritismo, encarado así, con altura de miras; apreciar el alto valor que tendrá para el avance intelectual y moral de la humanidad, la adquisición de los grandes conocimientos que la fenomenología espiritista nos promete acerca de lo que somos, cuál es nuestra situación ante las leyes y la vida universales, y la orientación e ideal que debemos perseguir,

conocimientos estos que serán potentes factores para valorizar y dignificar nuestra existencia, haciéndola más intensa y activa, más llena de emociones nobles, más útil y más buena. Sabiéndose el médium un agente indispensable de esa apasionante investigación, ha de sentirse inspirado por el anhelo de capacitarse cada vez más, para ser un instrumento eficiente; a fin de que ese estudio avance sin tropiezos y en la mejor forma posible.

Uno de los requisitos indispensables para este fin, es que él acreciente su cultura general. Un médium iletrado, podrá ser un elemento útil para la ciencia en la investigación de los fenómenos transcendentales de efectos físicos, pero éstos constituyen sólo un aspecto del gran campo de estudio que nos ofrece el Espiritismo, y a medida que progresa la investigación, se hace cada vez más valioso y necesario el médium integral, es decir, el que a la vez que sirve para la producción de fenómenos objetivos, puede ser fiel intérprete de las entidades espirituales, pues, traduciendo exactamente las modalidades y características psicológicas de los espíritus, pone al alcance de nuestra observación su vida mental y emotiva, que es otro campo muy fértil de estudio; y según lo hemos ya expuesto, en la comunicación inteligente el espíritu no utiliza sólo el cuerpo del médium, sino que actúa sobre su psiquismo inconsciente y debe utilizar, por lo tanto, los elementos mentales, es decir, palabras e imágenes que allí encuentre, de lo que resulta que los espíritus podrán expresar con tanta más facilidad y exactitud su pensamiento, cuanto mayor riqueza de léxico y recursos de expresión haya adquirido el médium con una amplia cultura.

Tiene, también, la cultura general del médium, incalculable ventaja, porque tiende a elevar y asentar sobre bases firmes su idealismo y su moralidad, cualidades éstas que constituyen un complemento indispensable en toda persona que quiera actuar con eficacia en una obra elevada. El conocimiento de la realidad que nos circunda, es para el espíritu lo que el sentido de la vista para nuestra vida de relación. El que tiene un horizonte limitado de conocimientos, no puede comprender el medio en que vive y, forzosamente, se ve reducido a una vida reconcentrada en sí mismo, fatalmente egoísta y mezquina. Solamente el que tiene una amplia visión de las cosas, cimentada por una amplia

cultura y elevados conceptos morales, puede realmente colocarse con sinceridad en disposición, para dar de sí todo lo que sea necesario en esfuerzos y sacrificios en pro de la ideología cuya difusión y enaltecimiento anhela, porque sólo desde esa altura puede llegar a comprenderse, en toda su significación, el deber de solidaridad que a todos nos obliga a darnos por entero al servicio del progreso colectivo. Y son los médiums, más que nadie, quienes deben tener la capacidad espiritual de colocarse en esta actitud de elevado desinterés, porque ella los ubica en un plano superior, al que no llegan las turbulencias de las pasiones y el egoísmo, permitiendo así desarrollar la sensibilidad exquisitamente delicada a que deben aspirar todos los médiums que, conscientes de su valor y su papel como instrumentos probatorios de la realidad del mundo espiritual, deseen colaborar eficazmente, en la grandiosa obra de progreso intelectual y moral de la humanidad, que este conocimiento de trascendental importancia y la ideología que en él se fundamenta, están llamados a realizar.

## VII

### **LOS MÉDIUMS Y EL DESARROLLO DE SUS FACULTADES**

Los médiums son los conductos naturales de que se valen las entidades del espacio para entrar en comunicación con los seres que aún habitamos en el plano físico y manifestar de diversas maneras su supervivencia y su inmortalidad, o bien, por la naturaleza distinta de sus facultades, resultan sujetos sensitivos productores de fenómenos psíquicos supranormales, que prueban de manera incontrovertible, la independencia del espíritu y su poder sobre la materia, aun sin el auxilio de los órganos materiales. En uno o en otro caso, son los verdaderos puntales sobre los que se construye la nueva psicología experimental y se afianza el Espiritismo científico y su grandiosa filosofía. Sin ellos, sin sus extraordinarias facultades, no se hubiese producido ese extraordinario movimiento de opiniones que, por obra y gracia de sus hechos, conmueve al mundo científico y le obliga a encarar de frente el viejo problema de la inmortalidad del alma, que la llamada psicología "positiva" había enterrado en vida por incapacidad para resolverlo, y la verdad espírita no hubiese ganado terreno en este siglo de escepticismo, quedando reducida a una simple hipótesis apenas sostenida por algunos filósofos al margen de la ciencia experimental.

Por lo tanto, si los médiums son los verdaderos resortes que la ciencia espírita pone en juego para penetrar en el mundo de los espíritus y recibir sus manifestaciones, o bien para conocer



las relaciones del alma con su organismo, sus poderes ocultos para obrar sobre la materia sin el auxilio de sus órganos materiales; cultivar sus facultades y dirigirlas convenientemente, de acuerdo con la experiencia adquirida y el sano razonamiento, debe ser nuestro constante anhelo y, por parte de los que están dotados de tales facultades, un deber sagrado que ellos mismos deben imponerse, en virtud de la elevada misión que están llamados a cumplir en el desenvolvimiento espiritual de la humanidad.

Por mucho que se diga, los médiums, los verdaderos médiums, capaces de convencer o instruir con sus facultades –ya se trate de fenómenos anímicos o espíritas– son muy escasos, pudiendo su número ser mayor y sus facultades –en algunos casos– muy superiores, si con amor y constancia se dedicasen a desarrollarlas debidamente, bajo una buena dirección y en ambientes favorables, donde se estudia, se observa y se busca la verdad, donde se advierten los peligros a que se exponen los que se entregan al orgullo y al deseo de dominar y se previene de la insensatez de admitir todas las manifestaciones como provenientes de los espíritus.

La disciplina mediúmnica se impone como una necesidad, para evitar la rutina y los malos hábitos de los médiums que se desarrollan al margen de las sociedades o agrupaciones bien dirigidas. De no ser así, de no someterse a las buenas prácticas espiritistas y a una sensata dirección es preferible a los que poseen facultades incipientes que se abstengan de desarrollarlas, pues con ellas harían más mal que bien a la causa del Espiritismo y perjudicarían, posiblemente a los mismos que creyesen beneficiar.

Los médiums que, por falta de una buena dirección han seguido actuando en medios incultos y faltos de los conocimientos necesarios para el desarrollo mediúmnico, están contagiados de hábitos malsanos difíciles de desarraigar, y cuando no han malogrado sus facultades, obsesionados por influencias poco fraternales y espiritistas, se han conformado al ambiente de rutina y credulidad, con miras interesadas, llegando a especular con la ignorancia y la buena fe a base de engaños y mistificaciones.

Nadie desconoce el descrédito que trae al Espiritismo la existencia de los pseudo-médiums, en su mayoría personas autosugestionadas que creen obrar bajo la influencia de los es-

piritus, simulando trances y posesiones de entidades muchas veces por ellos perfectamente conocidas y de las cuales, naturalmente, dan toda clase de datos, que sólo convencen a los incautos, faltos de espíritu investigador. Esta clase de “médiums” están dotados de toda clase de facultades, que obran a veces simultáneamente: lo mismo recetan un emplasto, dan pases magnéticos, “levantan la paletilla caída” o sacan los “malos espíritus del cuerpo”, usando de los procedimientos más empíricos y variados, que ofician de psicógrafos, clarividentes o psicómetras; es decir, que ven, oyen, huelen, etc., de modo muy supranormal, y hasta toman posesión de entidades mitológicas o novelescas, que, para probar su existencia serían capaces de poner en apuros a los mismos autores que les dieron vida en la imaginación, y de otras que resultan muy convincentes o identificables cuando, como dijimos anteriormente, conocen al detalle la vida y milagros de las supuestas entidades comunicantes. Excusamos hablar aquí de ciertos nombres respetables, de los que en sus “posesiones”, usan y abusan los mencionados “médiums”, sin el menor escrúpulo, a las cuales se les hace decir las tonterías y desatinos más grandes. Valiéndose de la autoridad de estos nombres es como muchos de ellos imponen sus opiniones y sus conveniencias.

Aparte de estas mistificaciones –de las que no siempre es responsable el pretendido médium– existen otras, perfectamente conscientes e intencionadas y que, no obstante ser desenmascarados sus autores, persisten en ellas por razones nada espiritistas.

Dícese que el desinterés acredita la genuinidad del médium y, por consiguiente del origen supranormal de sus manifestaciones, sean éstas anímicas o espíritas. Pero la experiencia enseña que el desinterés solo no basta; que es preciso añadirle la educación psíquica y moral, el conocimiento subjetivo del médium, a fin de fortificar su voluntad y ponerlo en condiciones de estudiarse a sí mismo y resistir a las tentaciones del engaño a que se halla propenso por inspiraciones muchas veces ajenas a su voluntad.

Hay médiums (verdaderos o falsos) que engañan y se engañan por hábito, con el mayor desinterés y hasta con la mejor buena voluntad de convencer a los demás: han comenzado por creer (o se les ha hecho creer) que poseen tal o cual mediumnidad o que sus posesiones, sus escritos, videncias, etc., tienen un

gran valor mediúmnico y lo siguen creyendo de buena fe, a pesar de los resultados negativos que ellos se esfuerzan por hacer positivos a fuerza de acomodarlos a sus deseos o a las circunstancias.

El deseo natural de alcanzar la verdad, lleva a muchos a disimular la mentira: simulan creyendo o dudando de lo que dicen, escriben o creen ver u oír.

Esta falta consiste, a nuestro juicio, en algunos casos, en que se atribuyen las intuiciones propias, o supuestas de mediumnidades intuitivas, a inspiraciones de naturaleza espírita, de acuerdo con un vulgar criterio espiritista de que todos somos aptos para recibir directamente las manifestaciones del mundo espiritual; de ahí que las personas sin ninguna instrucción psicológica ni conocimientos del Espiritismo tomen sus propias ideas y conocimientos como de origen ultraterreno y no hagan ni piensen nada que salga de lo ordinario que no lo atribuyan a los espíritus. Se les ha dicho que son médiums y siguen actuando como tales, y si alguna vez lo dudan, el ambiente ignaro que los rodea, la credulidad insensata, la falta de espíritu crítico y de investigación de los que todo lo aceptan por la *fe* se imponen a la duda justificada y a la sinceridad, y los pseudo-médiums se habitúan al oficio de tales, sin convencerse y sin convencer a los mismos que los halagan y que, a fin de cuentas, sólo creen que creen.

Si es cierto que todos podemos ser más o menos médiums (según el criterio de los que consideran como facultad mediúmnica toda receptividad psíquica supranormal), no lo es menos que hay mediumnidades que dan mayor rendimiento y beneficio que otras y que un mismo médium puede variar en sus resultados y en el valor de sus comunicaciones. En el primer caso depende de las condiciones psíquicas y orgánicas del sujeto y de otros factores extrínsecos ajenos a su voluntad. En el segundo, puede depender de estas causas y además, del medio en que actúe y de la dirección que se le dé, tanto a él como a sus facultades, como asimismo del método y de la cultura personal.

Por lo regular, los malos médiums se han desarrollado en pésimas condiciones, en ambiente desfavorables y bajo malas influencias espirituales, y se han formado modalidades y hábitos de acuerdo con el medio en que han actuado, que les impide

reflejar con la distinción y fidelidad debidas, propias de un perfecto desarrollo y de una cultura psíquica y moral superiores, la expresión y los conocimientos propios de la entidad manifestante; y hasta como sujetos de sí mismos –si vale la expresión– para manifestar sus estados subconscientes o de lucidez, resultan defectuosos. Son –diremos así– como esos espejos empañados y agrietados, de fabricación inferior, que no sólo no reflejan las imágenes con fidelidad, sino que les imprimen los mismos defectos que ellos tienen; y de ahí que las entidades que se manifiestan por dichos médiums, presentan el sello de su misma personalidad con todas las imperfecciones que les son propias.

El Espiritismo se resiente con la actuación de los falsos o malos médiums, los cuales le traen el desprestigio y siembran la desconfianza entre las personas estudiosas que concurren a los centros de experimentación con escasos conocimientos de los fenómenos y de la forma en que éstos deben producirse.

Por estas y otras consideraciones que no escaparán a la penetración de los espiritistas observadores, se hace necesario establecer una razonada disciplina que, sin herir la buena disposición de ánimo, ni la dignidad de los médiums verdaderos, permita aquilatar facultades y manifestaciones, examinar méritos y personas, corregir defectos y actitudes, en fin, sanear el ambiente espiritista, separando lo verdadero de lo falso a fin de obtener un mayor aprovechamiento de las fuerzas mediúmnicas y de su contenido moral y espiritual. Con esto se beneficiará el Espiritismo y se prestigiarán las personas que, con amor y desinterés, con instrucción y dirección, ponen sus facultades al servicio del noble ideal que han abrazado.

Como una nota honrosa para los buenos médiums y ejemplo para los que, por negligencia, orgullo o interés, no lo son, señalaremos el hecho saludable y edificante que hemos observado en algunas sociedades espíritas, donde los médiums, lejos de rechazar la buena dirección y el control mediúmnico, se prestan voluntariamente a su examen y colaboran con sus dirigentes a fin de aclarar todas las dudas que sus posesiones y demás fenómenos por ellos producidos suscitan en el ánimo de los observadores: estudian el Espiritismo en todas sus fases y se estudian a sí mismos, ofreciendo con sus propias observaciones subjetivas, en el trance o fuera de él, materia de reflexión y de



estudio: no ocultan ninguna duda, no disimulan nada de lo que pasa por ellos, ni se ofenden porque se analicen sus comunicaciones o se critiquen sus defectos cuando los tienen, y menos aún murmuran ni tienen celos de los demás médiums que actúan con ellos: instruidos, activos, respetuosos de las prescripciones de sus estatutos y de sus reglamentos e intérpretes de la verdadera moral espírita, son los puntales de sus sociedades y a la vez del Espiritismo.

Médiums como estos nada tienen que temer a la crítica, ni espiritista ni profana.



## VIII

### **CÓMO HEMOS DE ENCAUZAR LOS ESTUDIOS MEDIÚMNICOS**

En el estudio del fenomenismo espírita no se debe establecer preferencia por determinada clase de mediumnidad con exclusión de las demás: todas ellas, cuando son verdaderas están bien desarrolladas y tienen una buena dirección, pueden dar excelentes resultados para los fines amplios que persigue el Espiritismo. Y, en este caso, el mayor fruto que se puede sacar de una mediumnidad depende, a más de las predisposiciones psíquicas y orgánicas del médium, del perfecto desarrollo y buena orientación de éste y de la mayor experiencia y sano criterio de los experimentadores.

El progreso mediúmnico no depende de la clase de mediumnidades, sino de métodos adecuados de desarrollo, de control, de experimentación y estudio razonados, tanto de los hechos como de los modos de manifestarse, cualquiera que sea su naturaleza y el orden de sus manifestaciones y siempre que las exigencias no obstaculicen el desarrollo de los mismos.

El mediumnismo en nuestros países –por lo menos en lo que se refiere a la mediumnidad de incorporación– está plagado de prácticas, de rutinas y hábitos tan heterogéneos como contrapuestos; hábitos, prácticas y rutinas que, si bien, en muchos casos, se presentan con carta de ciudadanía, no han pasado aún por la prueba de fuego que exigiría una investigación seria y concienzuda, capaz de demostrar su verdadera eficacia; han

sido admitidos como buenos auxiliares o medios eficientes de la mediumnidad, sin previo estudio y conocimiento de sus resultados, y hoy siguen imponiéndose en las sesiones mediúmnicas como necesarios, sin pasar de ser, en muchos casos, más que meras costumbres autorizadas por el tiempo y sostenidas por el hábito de imitación.

Es por esto que vemos con sumo regocijo el expresado anhelo de revisión de los valores metodológicos y el encauzamiento de las buenas prácticas que impone la experiencia y el entusiasmo de los estudiosos, para ampliar en nuestros países los horizontes de la investigación; anhelo perfectamente justificado, que pone de manifiesto el amor que sienten los verdaderos adeptos y cultores del Espiritismo, el deseo de verlo despojado de prácticas viciosas y perjudiciales y el empeño de elevarlo, con el propio esfuerzo espiritista, a una altura científica, moral y filosófica en que merezca la atención y el respeto de los hombres de ciencia y no caiga, por inercia y falta de buena dirección, en el desprestigio y la simplicidad a que lo llevan los ignorantes, fanáticos y especuladores.

El Espiritismo es una ciencia integral y progresiva y, como tal, se debe estudiar y divulgar, buscando y ensayando siempre nuevos métodos, adecuados a las respectivas clases de fenómenos, para el mayor conocimiento y penetración del mundo espiritual y de los instrumentos (médiums) que nos sirven para nuestra investigación. Y este estudio y penetración, estos conocimientos y ensayos, corresponden, antes que a nadie, a los espiritistas que no deben dejar –como algunos pretenden– la experimentación para los “sabios” y la doctrina, la moral y la... “religión” para los espiritistas. Pues el Espiritismo, como se desprende de su concepto integral, lo abarca todo, y debe, por consiguiente, desplegar sus actividades en los diversos aspectos que presenta su grandioso panorama, sin esperar que los profanos vengan a enseñar a los adeptos las normas de sus estudios.

Siendo el Espiritismo el resultado de la experiencia científica, sería una redundancia afirmar que no existe ni puede existir antagonismo entre él y la ciencia, sino más bien reciprocidad en el desarrollo y progreso de ambos: el Espiritismo, con su valioso aporte de fenómenos metapsíquicos y espíritas ha he-

cho progresar considerablemente a las ciencias, abriéndoles horizontes insospechados para ellas: rompió con el “círculo de hierro” de la “psicología positiva” que, creyéndose emancipada del viejo concepto apriorístico de la sustancialidad del alma, cayó, por oposición, en el estrecho empirismo psicofisiológico, considerando a ésta, por insuficiencia científica, como el conjunto de fenómenos psíquicos; y, sin retornar a los tiempos de Goclenius de Marburgo, ni tomar como punto de partida la psicología racional o metafísica, sobre el mismo terreno de la experimentación, demostró la existencia del alma, como entidad sustancial independiente de su organismo somático dando al traste con las cavilidades y sutilezas de la psicofisiología. Y no solamente la psicología tiene en el Espiritismo un poderoso auxiliar y una fuente inagotable de recursos científicos: la química, la física, la biología, la astronomía, etc., encuentran en los fenómenos espiritistas la explicación de muchos hechos y la afirmación de muchas teorías que sin él difícilmente tendrían aceptación.

Por su parte el Espiritismo ha encontrado en muchas teorías modernas y descubrimientos científicos campo propicio para su desarrollo y su comprensión; y, aparte de la neofobia de algunos sabios prejuiciados, la ciencia es favorable al Espiritismo, y su verdadero impulso, su labor más proficua y gran parte de su prestigio, débense a verdaderos hombres de ciencia que, como William Crookes, Wallace, Varley, De Rochas, Flammarion, Delanne, Lodge, Geley, Bozzano y mil otros, en un principio escépticos, cuando no contrarios, lo han llevado al terreno de la experimentación, de donde ha salido triunfante, con la ventaja de haber conquistado, con el laurel de la victoria, los gloriosos nombres de los sabios y maestros, cuyas experiencias y autoridad científica invocamos para contrarrestar las burlas y las impugnaciones de los sabios a medias y de los que, aun siendo sabios en otras materias, son muy ignorantes en Espiritismo.

Pero, de cualquier manera, los espiritistas, con títulos científicos o sin ellos –porque en Espiritismo a lo menos, el título no es garantía de talento ni de capacidad experimental– debemos seguir las huellas científicas que nos han trazado los maestros del Espiritismo, buscando siempre un mayor conocimiento y compenetración de la verdad que ya poseemos como base de

nuestras convicciones, pero que necesitamos extenderla y hacerla accesible a los demás; y para esto es menester establecer métodos, ampliar el estudio de las mediumnidades, ensayando todas las que sean factibles al desarrollo, a fin de que el aporte del mundo espiritual y el conocimiento psicológico del médium y el de los factores concurrentes a su desarrollo y perfeccionamiento, sea siempre mayor.

La preferencia que en nuestro país se ha dado hasta ahora a las mediumnidad de incorporación y de escritura es el resultado de la educación doctrinaria, adquirida en las nobles enseñanzas filosóficas y morales de las obras de Kardec, quien, convencido plenamente de la verdad espírita, daba –como dice Flammarion– preferencia a las manifestaciones parlantes y psicográficas, excluyendo casi de sus estudios las demás manifestaciones, que consideraba propias de espíritus menos evolucionados. A pesar de esto, Kardec reconoció la importancia de la ciencia y de ella fue un gran cultor y admirador; y los espiritistas debemos sentir un gran respeto por ella y por los sabios que, sinceros hoy en sus ataques al Espiritismo, pueden serlo también mañana en su defensa, cuando los hechos les hayan definitivamente convencido, como ha pasado con muchos de los sabios más arriba citados; porque la ciencia no es ni puede ser contraria a una verdad que tiene por fundamento los hechos demostrativos; y los hombres podrán serlo en tanto no se posesionen de esta verdad.

El Espiritismo, como dijo Kardec, –y debemos repetirlo para contrapeso de las almas que se alimentan con la miel de la ferserá científico o no será, pero entendiendo que no debe estrecharse el concepto de la ciencia al *hecho o fenómeno en sí*, como en algunos casos se ha pretendido, ni confundirlo con el restringido concepto de la “ciencia oficial” o “positiva”, que reduce los conocimientos humanos al límite de sus conocimientos empíricos.

Pero, partiendo de los hechos y de sus manifestaciones inteligentes, es como el Espiritismo se abre camino, porque un hecho espiritista es una manifestación espiritual y, como tal, probatoria de la verdad, que por sí misma se impone.

La propaganda doctrinaria, moral y filosófica, no sufre ningún quebranto con la orientación científica del Espiritismo: por el contrario, toma, al calor de los hechos experimentales,

mejorados y ampliados por los métodos apropiados y las buenas prácticas mediúnicas, mayor impulso y tiene mejor acogida por los profanos, que no valoran las palabras ni las especulaciones filosóficas ni los preceptos morales por muy profundos, muy consoladores y hermosos que sean, si no se apoyan en hechos positivos y en verdades incontestables.

Cultivemos, pues, la mediumnidad en todos sus aspectos, despojándola de malas prácticas y hábitos perniciosos, y haremos hecho sano y fecundo Espiritismo.



## IX

### **MENOS FE Y MÁS DISCERNIMIENTO EN LAS REUNIONES MEDIÚMNICAS**

Si la persistencia del espíritu y la comunicación entre seres encarnados y desencarnados surge naturalmente del fenomenismo espírita, y sobre cuya autenticidad se afianza nuestra afirmación y nuestra doctrina, ello no significa dar por terminada la investigación ni por aclaradas las dudas que puedan surgir lo mismo respecto a la naturaleza de las manifestaciones que a la identidad de los seres que dicen manifestarse y no significa que para ser espiritista haya que aceptar incondicionalmente y sin previo análisis las manifestaciones mediúmnicas, que no siempre son manifestaciones espíritas.

Los que se creen espiritistas por sólo la fe y la ciega confianza que les inspiran los médiums, están expuestos a engañarse y a engañar a los demás, y en vez de hacer verdadero Espiritismo, suelen hacer una triste parodia de él.

La falsa como la deficiente mediumnidad va tomando proporciones alarmantes en nuestro ambiente espiritista, con perjuicio para el buen nombre del Espiritismo y para las personas que, ansiosas de inquirir la verdad de sus fenómenos, después de haber leído en sus obras fundamentales las asombrosas experiencias de los sabios espiritistas y las deducciones que de ellas se desprenden, frecuentan a ciertos círculos y, en vez de confirmar lo que habían leído, salen completamente decepcionados porque, cuando no son burdas patrañas lo que ven, son

cosas muy dudosas y que abonan muy poco en favor del Espiritismo. Culpa de todo esto son las personas que se dejan desviar por insinuaciones de los mismos médiums o por consejos de entidades que tienen interés en que no se investigue la verdad, por considerar que ésta puede frustrar sus planes, no siempre conformes con los fundamentos de la sociedad ni con las buenas prácticas que aconseja la doctrina.

Es de lamentar que por debilidad, por escrúpulos de demasiada investigación, por ignorancia o falta de criterio, se acepte incondicionalmente la presencia de nuestros queridos muertos, cuyo nombre se invoca, para imponer el acatamiento a los vivos.

Estimamos que las manifestaciones de ultratumba son cosas muy sagradas y que, antes de aceptar la genuinidad de una comunicación, debe ésta llenar satisfactoriamente las exigencias de la razón y del buen sentido. La fe, la verdadera fe espiritista, no es la que se alimenta de ignorancia, ni de misterios inabordables, que siempre ponen una traba o un “pero” a la investigación: es la que se va formando en la conciencia del investigador con los elementos de prueba necesarios (y hasta exigibles en los casos de identificación), para disipar toda duda y aclarar toda objeción que surja de un hecho o de una manifestación no convincente.

La aversión que sienten muchos médiums por el estudio y por la búsqueda de la verdad los lleva a apartarse de todo control, de toda disciplina institucional, de toda buena dirección; entregándose muchas veces a las prácticas más insensatas y en pugna con las enseñanzas espiritistas, cuando no lo hacen con fines más condenables todavía. De este criterio de suficiencia, no están exentas muchas personas que, sin ser médiums, apenas han desflorado las primeras nociones de Espiritismo, ya se sienten estrechos en los centros bien constituidos, donde no han hecho, durante su permanencia, sino obstaculizar su buena marcha, buscando por vías torcidas lo que no se pudo hallar por vías derechas.

El buen espiritista es aquel que, con conocimiento del Espiritismo y de sus buenas prácticas mediúnicas, se ajusta a la buena dirección de la sociedad o el círculo a que pertenece y contribuye con sus luces (cuando las tiene) al mayor progreso de la sociedad, entendiendo que la fe, divorciada de la razón y de la experiencia, no es guía segura y puede conducir a abismos impensados.

Cosme Mariño, en una de sus críticas perfectamente fundada, dice:

“Muchas gentes no quieren comprender que no basta creer para erigirse en maestros, que es necesario estudiar mucho y sobre todo ajustar la conducta a la doctrina para honrarla como se debe y hacerla progresar. No se conforman con alistarse en sociedades serias con el objeto de instruirse, desde el primer momento, la primera idea es la de aislarse de los que saben más que ellos y fundar cátedra o centros donde vegetar y hacer daño a la causa, prefiriendo en su orgullo necio ser cabeza de ratón antes que cola de león”.

Y es así como vegetan algunos centros y grupos espiritistas, sin aportar un solo átomo de conocimiento a sus asociados, ni beneficio alguno a la verdad, por la falta de buenos médiums y por la incapacidad de los que por suficiencia, por indisciplina institucional, por ignorancia o ciega credulidad, se creen los depositarios de la fe y los llamados a sondear más hondo en los secretos del más allá.

Contra estos y otros defectos análogos, aconsejamos sensatez, más amor al estudio, menos fe y más discernimiento y buen sentido.

## X

### CURIOSA EXPERIENCIA TIPTOLÓGICA

***Uno de los tantos hechos que tienen lugar en los centros y sociedades espiritistas y a los cuales se les da muy escasa importancia cuando no llevan la firma de un sabio que los acredite***

El experimento tiptológico referido por el dramaturgo español Jacinto Benvente, transcrito en la revista *La Idea* (julio de 1929), trae a mi memoria un hecho análogo que, aunque en los anales del Espiritismo abundan como estos a centenares, no estará de más hacerlo público, siquiera sea para contestar a cierta categoría de “sabios” que afirman que los espiritistas, encariñados con el aspecto moral de sus doctrinas, sólo se nutren de la “fe religiosa” que les “impone” la creencia anticipada de ultratumba y los “discursos morales de los médiums parlantes” y que no cuentan en su haber un solo hecho experimental que no se lo hayan apropiado de la experiencia ajena.

El hecho de referencia tuvo lugar en una sesión espiritista celebrada en mi casa hace a la fecha unos quince años.

Unas diez personas nos reuníamos alrededor de una mesa de tres patas. Desde hacía tres meses veníamos celebrando asiduamente experimentos por medio de ella, y todos estos experimentos nos habían resultado infructuosos. La mesa, es cierto, se levantaba sobre dos de sus patas, se balanceaba, se inclinaba hacia determinadas personas como si quisiera demostrarles sim-



patía o desafecto y contestaba tiptológicamente con un sí o con un no convencional a las preguntas que se le hacían; pero durante todo ese tiempo nunca se dignó responder satisfactoriamente a nuestras exigencias de identificación. Cuando se le preguntaba por el nombre o apellido del “espíritu” que decía comunicarse, empezaba, por ejemplo, golpeando una **J**, luego una **u**, después una **a**, y cuando suponíamos, naturalmente, que iría a terminar su nombre con una **n** o **na**, ponía, en cambio, una **t** o una **x** y tras ellas, una serie interminable de consonantes, hasta agotar nuestra paciencia y dar por terminada la sesión.

Así transcurrieron tres meses, sirviendo nosotros, personas serias y animados de los mejores propósitos, de diversión y de mofa a esas fuerzas o inteligencias extrañas, que así lo querían. Hasta que una noche la mesa se levantó sobre dos de sus patas con más ánimo e independencia que de costumbre, y empezó luego a danzar, como si quien la manejaba estuviese muy alegre y tuviese ganas de divertirse.

Interrogué a la mesa, invitando a la entidad que la movía a contestar a nuestras preguntas, pero lo hizo en la misma forma burlesca que las demás veces. Cansado de ese procedimiento y después de inútiles tentativas para lograr algo “serio”, me decidí a cambiar de táctica, considerando que, a veces, el fin justifica los medios.

- Parece –le dije– que persistes en divertirme a costa de nuestra seriedad.
- Sí –fue la contestación.
- Esto no está bien; en tal caso permitidnos una satisfacción recíproca, a fin de que saquemos algún provecho de esta diversión. Y, no ocurriéndoseme otra cosa, le dije: ¿Es cierto que los espíritus pueden ver los objetos ocultos?

Un golpe contestó afirmativamente.

- Pues bien: ¿Podrías dar tantos golpes con la pata de la mesa como monedas tengo yo en el bolsillo del pantalón? (Advierto que yo lo ignoraba en absoluto)
- Sí –contestó la mesa con un golpe afirmativo.
- Comienza –le dije.



Y la mesa dio siete golpes bien marcados. Iba a poner en evidencia la contestación del espíritu, cuando súbitamente se me ocurrió preguntarle cuántos centavos contenían las siete monedas. Interrogué y la mesa dio sesenta y cinco golpes.

Conté las monedas y su contenido, y todo resultó exacto, de una rigurosa exactitud: seis monedas de diez y una de cinco.

Ante el éxito alcanzado –éxito que no habíamos podido lograr en tres meses, y de acuerdo con los consejos de que no deben hacerse preguntas frívolas ni dar acceso a esta clase de experimentos– un joven estudiante chileno, que formaba parte de nuestro grupo, estimulado por los buenos resultados obtenidos, quiso interrogar a su vez:

- ¿Podrías decirme qué es lo que tengo en el bolsillo del chaleco?
- La mesa dictó: púa.
- ¿Qué más?
- Bobo.

El joven se manifestó satisfecho en cuanto a la primera respuesta: en efecto tenía en el bolsillo indicado una púa con que en sus horas de solaz tañía la bandurria, instrumento al cual era muy afecto; pero no así en cuanto a la segunda, que lo dejó desconcertado y un tanto pesaroso, pues creyó que el espíritu le había tratado de bobo, de tonto, por haberle preguntado una cosa de la cual él tenía conocimiento, y todos creímos igual. Pero una vez terminada la sesión y después de habernos mostrado los objetos, se pudo apreciar –gracias a uno de los asistentes que conocía el significado que, en jerga “arrabalera” tiene el término “bobo”– todo el alcance de la prueba.

El joven en cuestión tenía en el bolsillo del chaleco, a más de la púa, un reloj al que, la gente del “bajo fondo”, llama “bobo” y cuyo significado desconocía su poseedor. Por otra parte, la palabra no era familiar a ninguno de los asistentes y el que conocía su significado ignoraba que el joven usase tal prenda.

## XI

### LA LEY DE HERENCIA ESTUDIADA DESDE EL PUNTO DE VISTA MATERIALISTA Y ESPIRITISTA

Analizando las diversas objeciones que los materialistas hacen al espiritualismo en general y particularmente al Espiritismo, se encuentra una que, por su aparente solidez y vislumbre de verdad ha inclinado a muchos hombres a creer que el alma humana y sus manifestaciones no son más que el producto de las funciones del organismo.

Esta objeción, que los materialistas oponen como irrefutable, se basa en la ley de herencia, que consiste -según ellos- en la propiedad que tiene todo ser viviente de transmitir a su prole las cualidades fisiológicas y psicológicas que ellos poseen.

Según esto y siguiendo la larga serie de la escala zoológica. A través del tiempo transcurrido, se llega a la conclusión de que las manifestaciones del espíritu humano, aptitudes, tendencias y aspiraciones no son más que el resultado de una lenta transformación de la materia, transformación que se efectúa en todos sus estados, desde la materia inorgánica hasta la célula primitiva, y desde esta, por una sucesión de hechos encadenados y pasando por las diferentes fases de la vida animal, hasta el hombre, pero obedeciendo a leyes mecánicas y ciegas.

Los materialistas, que son los que sostienen esas ideas, citan en apoyo de su tesis los ejemplos de semejanza física, y no sólo de semejanza física, sino también las cualidades morales y diversas aptitudes e inclinaciones que existen en los miembros de una misma familia.

Los espiritistas estudiosos, los que no tenemos formada nuestra convicción en la sola lectura de las obras de Kardec, que hemos leído antes que a éste a Spencer, Darwin, Hamón, Haeckel, Büchner y tantos otros, que no nos dejamos llevar a ojos cerrados de los Crookes, Wallace, Flammarion, Lombroso, Aksakoff y otra pléyade que abundan en el campo de la psicología experimental, que hemos ido a costa de paciencia y perseverancia al terreno de la experimentación, sabemos muy bien que el alma y sus manifestaciones no son el producto de las funciones del cuerpo; sin embargo, no negamos la herencia fisiológica ni tampoco la psicológica, aunque mirada esta última desde otro punto de vista donde no alcanza la miopía de los materialistas y, más aún, de ciertos espiritualistas. No obstante lo dicho, oponemos a la tesis materialista las excepciones –que por cierto no son pocas– que hay en esta regla, como por ejemplo, cuando de padres virtuosos e inteligentes nacen hijos criminales, o ignorantes, o cuando de padres degenerados e ineptos nacen hijos llenos de moralidad y con aptitudes para las artes o las ciencias.

A esto contestan los adversarios del Espiritismo: que son excepciones que en nada afectan a la ley general; y estas excepciones obedecen –dicen ellos– a una multitud de factores, como son: la adaptación que consiste en asimilarse las costumbres del ambiente que nos rodea, adquiriendo así nuevas cualidades, y el despertar de ciertos hábitos y aptitudes que poseían nuestros antepasados, y que más tarde resurgen en sus hijos, etc.

Que el individuo se adapte al ambiente que lo rodea, asimilándose las costumbres y aun los conocimientos es corriente, porque estos son los medios que se le proporcionan a nuestra alma para su progreso; pero esto no quiere decir que la asimilación, la imitación y, aún más, la educación, hagan artistas y sabios, porque estas aptitudes son innatas en el individuo, es decir, que las ha aprendido en anteriores existencias.

Si no fuera así, ¿cómo explicar, entonces, aquellos casos excepcionales en que, como se sabe, Enrique de Heineken, a los dos años de edad, hablaba tres idiomas? A los cuatro, Bautista Baisin no conocía rival en la ejecución del violín. A los seis, Mozart presentaba su primera pieza de concierto. Miguel Angel, aún niño, fue despedido por su maestro por no tener más que enseñarle. Voltaire, a los doce años, había escrito un memorial

en verso, y debido a esto, la célebre Ninon de Lenclos le llamó “el joven de los grandes destinos”. A la misma edad, Victor Hugo había escrito la tragedia “Irtamene” y el drama “Inés de Castro”. Camilo Flammarion, a los dieciséis años se estrenaba en un tratado de cosmogonía, y cuál sería su valor que al presentárselo al astrónomo Le Verrier, éste no pudo menos que exclamar: “¡Diantre! ¡Laplace y Cuvier!, esto es mucho a la vez”. Y sin ir más lejos, tenemos hoy a Wille Ferreros que desde la edad de dos años y medio, viene asombrando a la Francia entera.

Pues bien, creo que con estos y otros muchos casos que abundan en la historia humana, y que no pasarán desapercibidos para los materialistas, la adaptación queda fuera de concurso. En cuanto a la otra hipótesis, la fisiología no ha explicado aún de qué modo mueren esos hábitos y aptitudes en nuestros antepasados, y cómo resurgen, después de varias generaciones, en nuestros hijos, y por lo tanto no es digna de tomarse en cuenta. Lo mismo sucede en las demás explicaciones que a este respecto dan los materialistas, que no son más que falsas deducciones o apariencias engañosas.

Ahora bien, para resolver debidamente este problema, es necesario probar antes a los materialistas que nuestra alma no es el resultado de las funciones de nuestro cuerpo, y que, por el contrario, es independiente de él, y una vez demostrado esto, investigar las causas de las semejanzas psicológicas, que en realidad existen entre los miembros de una misma familia.

Las pruebas que podemos citar en favor de la existencia del alma como entidad distinta del cuerpo, son tantas y tan variadas como las estrellas que pueblan el azul del firmamento, pero me limitaré a aquellas que nos suministra la ciencia experimental. El hipnotismo, el sonambulismo, la telepatía, las apariciones de los muertos y, en fin, los fenómenos mediúmnicos en general, nos suministran las pruebas más acabadas y convincentes de la supervivencia del alma, que es preciso estar ciego o cerrar los ojos intencionalmente para no admitirlos.

No me detendré en detalles minuciosos, porque esto me llevaría demasiado lejos, pues sólo me propongo ahora, demostrar que la ley de herencia, tal como la comprenden los materialistas, sólo atañe a nuestro ser fisiológico, mas nunca a nuestro ser pensante. No obstante lo dicho, daré en síntesis, algunos

detalles que, como pruebas satisfactorias, se desprenden de las ciencias arriba citadas. Una persona ve en estado sonambúlico y a muchos kilómetros de distancia un acontecimiento que sucede, y nos describe minuciosamente sus detalles; después de algún tiempo se comprueba su realidad. Otra persona ve y oye a un pariente o amigo, el cual se hallaba ausente, que le dice: “acabo de morir”, se averigua más tarde, y el hecho resulta cierto. Uno de nuestros deudos, muerto hace años, se nos aparece y nos habla, ora pidiendo roguemos por él, ora recomendándonos alguna cosa.

Una mesa que se levanta y golpeando con sus patas nos dicta frases por las cuales reconocemos a un pariente o un amigo, muerto hace algún tiempo. Un médium que en trance, nos habla en idiomas que ni él ni los que lo rodean conocen. Una mano, que no es de ninguna de las personas que se hallan reunidas, en una habitación bien cerrada, bien que acaricia, bien que rompe los objetos que hay a su alcance. Un fantasma, que se materializa hasta hacerse tangible, que habla, ríe o llora, según su situación en su nueva vida, con todas las apariencias de un ser vivo, y que nos dice haber pertenecido a este mundo y que ahora es uno de esos que nosotros llamamos muertos, siendo muchas veces reconocido como tal por las personas que en vida le conocieron. En fin, sería cosa interminable el hacer citas de esta índole.

Todos estos hechos están suficientemente probados, y el que quiera instruirse al respecto, puede recurrir a las obras que de esto tratan; más si aún así no se convencen, tengan la bondad de ir al campo de los hechos, y allí verán desvanecerse sus dudas como las brumas de la noche se disipan al aparecer la luz del día.

Sentado que es la supervivencia del alma después de la cesación de la vida orgánica, paso ahora a demostrar que la herencia psicológica, tiene una explicación lógica dentro de la doctrina espiritista, y más aún, que es necesaria para la evolución del espíritu. Esta explicación, como se verá, es mucho más amplia y racional que la que da la doctrina materialista, por cuanto está basada en hechos positivos y da cuenta también de las excepciones que sufre esta regla. Existe una ley llamada de afinidad, ley que se extiende más allá del mundo físico, es decir, que rige también al mundo de la inteligencia, pero que no consiste en una atracción ciega e inconsciente como la que atrae a los cuer-



pos moleculares, sino que esta afinidad es debida a las semejanzas, simpatías y afectos, que guardan las almas entre sí. Estos sentimientos recíprocos son los que atraen a las almas, uniéndolas en familias; éstas, siguiendo siempre sus sentimientos afines, forman los pueblos y por el mismo sentimiento surgen las naciones.

Ahora bien: ¿Quién es capaz de desmentir esta aseveración sin desmentirse a sí mismo? ¿Acaso no buscamos en todos los actos de nuestra vida a las personas que más se asemejan a nosotros? ¿El ladrón no busca a otro ladrón para efectuar un robo? Y así siguiendo esta escala interminable: ¿No vemos las instituciones formadas de individuos más o menos de idénticas inclinaciones?

No hay regla sin sus excepciones, y esta no podría esquivarse de las suyas, pero estas excepciones, como anteriormente he dicho tienen su explicación lógica, dentro de la doctrina espiritista, y es lo que trataré de demostrar. Las excepciones son numerosas: en primer lugar, son consecuencias naturales de existencias anteriores; en segundo lugar, son pruebas que elige el espíritu, de acuerdo siempre con la ley de evolución, para dar un paso más hacia el progreso.

Me explicaré: un espíritu que hubiera sido en su anterior existencia un criminal, pongamos por caso, y que al franquear el umbral de la muerte reconoce el mal empleo que hizo de su existencia y lo atormenta el remordimiento, quiere volver a la vida, y con este propósito se le presenta la ocasión. Considerando entonces, que de nada le valdría volver a la Tierra si no contara con el apoyo de los que en ella lo rodeasen, desea que sus padres sean virtuosos, es decir, que no tengan los mismos instintos que él. Como su deseo es realizable, puesto que Dios en su infinita sabiduría ha establecido leyes que faciliten el progreso de sus criaturas, el espíritu vuelve a la tierra de acuerdo con su plan de existencia; pero a medida que su organismo va desarrollándose y el alma va teniendo conciencia de sí misma, el instinto criminal despierta paulatinamente, y entonces comienza una lucha cruel para el espíritu, lucha en la cual algunas veces es vencido y otras vencedor.

He aquí una excepción en la regla: un criminal en el regazo de una familia honrada, pero un criminal en vías de perfección, porque sus crímenes habrán disminuido en cantidad y calidad.

Lo mismo sucede con un espíritu, el cual haya tenido aptitudes para las artes o las ciencias: quiere perfeccionarlas, y para ello vuelve a la vida terrena, pero antes desea que los que van a ser sus padres, tengan por misión la de instruir a sus hijos, aun cuando ellos no posean las mismas aptitudes que él. Luego en este mundo y a medida que sus aptitudes vayan desarrollándose, tendremos un artista o un sabio de padres ignorantes, y tenemos otra excepción.

He dicho anteriormente que existe la herencia psicológica, pero no es ciertamente aquella que según los materialistas se transmite por intermedio de la sangre como, por ejemplo, las morbosidades del organismo, sino que esta herencia la vamos adquiriendo con hábitos, costumbres y conocimientos que nos han ido legando nuestros antepasados.

Voy a explicarme: al venir el espíritu a la vida trae consigo un caudal de conocimientos, hábitos y aptitudes, que han sido heredadas en existencias anteriores. Luego en este mundo hereda de sus padres, amigos y, por último, de la sociedad en que vive, otro caudal que transmite a sus hijos. Esta herencia también la recibe el alma en la historia y la filosofía, lo mismo que en las artes y las ciencias. Esta herencia psicológica se va transmitiendo de hombre a hombre, de generación en generación, y más aún, de mundo a mundo.

No quiero decir con esto que todos los hábitos y conocimientos sean hereditarios o pura imitación, porque esto sería negarle al hombre la capacidad de perfeccionar o crear algo, pero sí, en la mayoría de los casos lo que hace es sólo asimilarse lo ajeno.

En resumen diré, que las conclusiones a que llegamos los espiritistas no son, de ninguna manera, el producto del ingenio de ningún hombre, sino que están basadas en las manifestaciones que, día a día estamos observando, y que los materialistas están engañados por una falsa perspectiva, que los seduce y conduce de error en error, arrastrándoles en el abismo de la nada. Miran el Universo, y no ven la inteligencia que lo dirige; miran al hombre y no ven más que un mecanismo ciego; ven sus acciones y creen que éstas son el producto de la alimentación y el resultado de la herencia fisiológica; y sin embargo, sin ver los desastrosos resultados que se desprenden de su doctrina, hablan de justicia, de bondad y de belleza, como si estas cualidades pudieran ser el resultado de un mecanismo ciego.

Pues bien, es necesario que los espiritistas estudiosos no nos encariñemos demasiado con nuestras creencias y estudiemos también las obras de los sabios materialistas que no dejan de tener su utilidad, y así también, conoceremos las objeciones que nos puedan hacer, y luego demostrarles que el Espiritismo no es sinónimo de novela ni tampoco es fantasía creada por imaginaciones enfermas, y que, por el contrario, nuestra creencia está basada en hechos positivos; y con esto habremos cumplido con un deber y al mismo tiempo habremos dado un paso más hacia el progreso de nuestro espíritu.

## XII

### EL CULTO A LOS MUERTOS

Una gran parte de la humanidad concurre el 1º de noviembre a los cementerios. Va, según se dice, a pagar con el tributo de su gratitud, el recuerdo de sus muertos, creyendo sinceramente cumplir con un deber.

Padres, hijos, esposos, parientes y amigos penetran respetuosos en el santuario de la muerte: llevan unos, frescas y olorosas flores para adornar con ellas la fría losa que cubre los restos de sus seres amados; se inclinan otros, sobre las tumbas de sus deudos queridos, arrancan el pasto que crece lozano sobre sus despojos, remueven la tierra y en ella depositan una nueva simiente que ha de transformarse en plantas y florecer más tarde en lirios, azucenas, etc.; suben a los nichos los que allí guardan sus difuntos, limpian el polvo maloliente, reparan los desperfectos del ataúd y le cubren con paños bordados, con cruces, estampas o guirnaldas de flores; bajan otros al suntuoso panteón o a la bóveda lujosa donde duermen los suyos el sueño de la eternidad..., y con católico fervor, contemplan la vitrina donde ora la virgen de plata o el bruñido crucifijo donde Jesús expira, pobre y desnudo, con su corona de espinas en la frente, limpian y hermocean desde el pulido mármol del altar hasta el mullido sofá y desde éste hasta el tocador, tan rico en ingredientes, en perfumes y cosméticos como pobre en recuerdos evocadores de los muertos, cambian las flores de los floreros, encienden cirios a la virgen y luego rezan la acostumbrada plegaria por el alma o por el cuerpo del difunto que descansa en paz...



Bendita sea la memoria de los seres que nos han amado y el amor y la gratitud con que se les evoca y se les recuerda. Respetamos este sentimiento en lo que tiene de sincero y espiritual y nos unimos con pensamientos de solidaridad con las personas que hacen extensivo su amor a los seres que han traspuesto los umbrales de la muerte; pero no podemos avenirnos con las costumbres y ceremonias lúgubres, cuando no macabras y ridículas del cementerio, que más bien repugnan a la razón y ofenden al sentimiento que honra la memoria de los seres amados y promueve en nuestra alma un consuelo o una esperanza.

¿Ha pensado la madre atribulada que va al cementerio creyendo acercarse a su hijo amado, y darle una prueba póstuma de su amor con la ofrenda que le lleva, si la distancia que le separa de él es menor que la que le separaba de su hogar, al pie de la cuna donde le prodigó su cariño o del lecho donde le vio morir, si esa corona, esa cruz, esas flores con que adorna su sepultura serán cosas meritorias, indispensables para la comunión de sus almas?

¿Ha reflexionado la hermana, cariñosa y buena, el hermano o el pariente, si la tumba que siembran de flores encierra verdaderamente al ser amado cuyos recuerdos evocan?

¿Se ha preguntado la novia que amó con amor profundo y a quien la muerte arrebató al idolatrado de su corazón, si aquella momia, si aquel esqueleto horrible que ve a través del cristal de un ataúd es todo el amor, todo el ideal de sus sueños? ¿Si el hombre bueno y apasionado que embelesó su alma con dulces palabras, con promesas de dicha sin fin, con halagadoras esperanzas, se reduce a ese montón de huesos descarnados, a esa piltrafa sin vida, que mira con aversión y repugnancia?

¿Se ha interrogado el creyente católico respecto a la luz de sus cirios, si tiene la virtud de iluminar el alma de sus difuntos? ¿Si la magnificencia con que pretende honrar su memoria está en relación con la sencillez de la muerte? ¿Si acaso no será una ofensa o un disgusto para el espíritu, despojado de las cosas materiales la vanagloria y el fausto con que se rinde culto al cuerpo?

¿Ha meditado el amigo (materialista o espiritualista) fiel a la tradición de la iglesia, si el recuerdo de la amistad, si la gratitud, tienen algo que ver con la costumbre de profanar las tumbas, de remover los huesos o el polvo que los cubre, o de ofrecer un manojo de flores, una cruz, etc., al cuerpo putrefacto? ¿Se ha preguntado si en la tierra, abonada con las sustancias del



cuerpo, si en la hierba que la cubre, en el perfume de las flores que de ella nacen, es posible hallar indicios de la inteligencia, de las cualidades y virtudes que atesoraba el amigo inolvidable, del cariño y de la amistad que le profesaba?

Si nada de esto han hallado los fieles a la tradición religiosa en sus visitas al cementerio; si no han encontrado en la mansión de los difuntos más que muerte y desolación; si ningún consuelo, si ninguna esperanza ha llegado hasta sus almas; si ningún indicio de espiritualidad han encontrado en la descomposición de los cuerpos; si nadie ni nada ha respondido a sus interrogaciones; si las sombras del sepulcro les han ocultado el secreto de la muerte, y el silencio de las tumbas no les ha hablado del alma, del espíritu que ha animado a esos despojos humanos, ¿no han pensado que acaso el Espiritismo pudiera responder satisfactoriamente a la ansiedad de sus corazones y calmar la añoranza de sus almas, aproximándolos a sus seres queridos y que, posiblemente, pudieran entrar en comunicación con ellos y ver cómo los horizontes de la vida y del conocimiento se ensanchan hasta abarcar un plano de vida espiritual, quizás no sospechado para ellos, donde el amor, la amistad, y los recuerdos viven en el alma de los que se fueron, como viven en la nuestra?

El Espiritismo responde a esta ansiedad del espíritu y abre a éste las puertas de un mundo nuevo que se ofrece como una promesa de los siglos a la investigación y al estudio de nuestra naturaleza y de nuestro destino; es la luz que ilumina los pasos del hombre y lo conduce a la inmortalidad y a la perfección; es una ciencia grandiosa de la que se desprende una filosofía profunda y una moral superior, no sujeta a intereses ni a circunstancias, exenta de rutinas y vanidades; estudia la personalidad humana como hombre y como espíritu, en sus relaciones con el organismo y en sus manifestaciones psíquicas antes y después de la muerte. El Espiritismo nos enseña, fundándose en hechos positivos, que la muerte consiste solamente en la cesación de la vida orgánica, en la separación del espíritu, o entidad psíquica, consciente, inteligente y volitiva, que es lo que constituye nuestra verdadera personalidad. A la muerte, el cuerpo, como unidad orgánica, pierde su energía vital y poco a poco las moléculas y átomos que lo integran se van disgregando y entran en la formación de otros cuerpos minerales, vegetales y animales. Las facultades del alma, la vida afectiva y psíquica no pertenecen al

cuerpo, el cerebro de un difunto no piensa ni siente, no tiene recuerdos ni voluntad; el corazón no odia ni ama, es incapaz de emociones y de gratitud. Las localizaciones cerebrales que la fisiología ha asignado a las facultades del alma, están vacías, son departamentos desalquilados, el espíritu al abandonar su cuerpo, se ha llevado lo que le pertenecía.

Al dejar su cuerpo no va ni al cielo ni al infierno, porque estos lugares (concepciones mitológicas) no existen; vive en el espacio, en un mundo etéreo que nos rodea por todas partes, y en el cual el mundo de la materia está sumergido; rodéalo, o le da forma, un cuerpo también etéreo, periespiritual o semimaterial, llamado cuerpo astral o periespíritu, que le permite entrar en relación con la materia y adherirse a un cuerpo orgánico; y es debido a este cuerpo astral, como el espíritu de un ser que vivió en la Tierra, puede manifestarse a sus parientes y amigos, hacerse visible, comunicar sus deseos, darnos detalles de su nueva vida y orientarnos en nuestro paso por la tierra. Por referencias de los espíritus desencarnados sabemos que el espíritu es inmortal, que tuvo un ayer, como tendrá un mañana, que la vida en la Tierra es un minuto en comparación a la infinita escala de existencias que en este o en los millares de mundos que gravitan en el espacio tendrá que recorrer, que el objeto de la existencia es el estudio de la naturaleza y de sus misterios y la práctica del bien: el amor y la ciencia. El Espiritismo nos da la razón de las desigualdades económicas y sociales remontándose a los verdaderos orígenes de todos los dolores humanos; nos demuestra, con pruebas concluyentes y fundándose en el más estricto racionalismo, que la situación de cada hombre depende del bien o del mal que haya hecho, de los esfuerzos que haya realizado para superarse, tanto en el sentido moral como en las demás adquisiciones espirituales.

Los que aún no han tenido la suerte de conocer el Espiritismo deben estudiarlo, y les prometemos que no habrán perdido su tiempo si saben encarar sus estudios en el vasto campo de su ciencia y de su filosofía sin abdicar de su razón y de lo que la experiencia les enseña, no olvidando que el Espiritismo tiene por punto de partida los hechos y que sobre ello se afianza el conocimiento del espíritu y de su existencia más allá de la tumba.

### XIII

## LA CARAVANA Y LA MANSIÓN DE LA MUERTE

Difícil es apartar a los pueblos del camino trillado por las religiones y hacer que rompan con las costumbres y hábitos que les fueron impuestos como medio de exteriorizar sus sentimientos.

Aún subsiste la rutina tradicional de rendir culto a la muerte en determinado día del año, valiéndose de las prácticas más absurdas y materialistas.

La caravana del mundo sigue todavía, irreflexiva, el falso sendero trazado por la tradición religiosa, y planta, como en años anteriores, sus tiendas en los tétricos cementerios, donde la muerte macabra se cierne, entre vanidad y podredumbre, con su guadaña triunfadora, sobre las tumbas silenciosas y mudas, en cuyas lápidas se leen los epitafios desconsoladores: “Aquí yace”... “Aquí descansa”... “Paz en la tumba del que fue”..., etc., como si la vida y la inteligencia del ser se hubiesen extinguido y sólo quedasen los despojos sepultos.

Se rinde culto a la materia, unas veces por rutina o por ostentación, y otras, por falta de conocimiento para llegar hasta el espíritu; porque es más fácil, menos criticable y encaja mejor en la moral mundana, postrar el cuerpo ante un altar, encender una vela a un muerto, encomendar una misa o escardillar las flores de una tumba, que elevar el alma a las regiones de la espiritualidad, investigar la verdad de la supervivencia y acercarse a los seres queridos y, en las tinieblas de sus almas

atormentadas por la incertidumbre o el remordimiento, hacer la luz que los ilumine o regenere, y recibirla de ellos, con la seguridad de la nueva vida que nos espera, tan olvidada y negada por los escépticos, como calumniada por los que jamás se tomaron el trabajo de estudiarla.

No es, pues, en el cementerio donde hemos de hallar a los que amamos y nos han amado; allí sólo hay despojos y podredumbre, cuando no vanidad y ostentación, y nada de esto puede agradar ni atraer a los seres que han abandonado esta vida y que, una vez conscientes de su nueva situación, no pueden sino repudiar las vanas preocupaciones de este mundo y sentir lástima o desprecio por las groseras y a la vez infantiles demostraciones que se les hacen, por las ofrendas demasiado triviales y prosaicas y el modo poco espiritual de honrar su memoria.

No hace mucho, decía un ser familiar en un centro de estudios espíritas de esta ciudad:

“No vayáis al camposanto a ofrendarme vuestras flores ni a doblar vuestras rodillas sobre el frío mármol de mi sepulcro, no evoquéis mi nombre en esa mansión sombría de la muerte, porque me causa horror ver mi cuerpo putrefacto, roído por los gusanos. No quiero ver la negrura de la muerte, sino la luz que irradia de la vida. No quiero oír llantos ostentosos ni contemplar rostros compungidos, porque eso me hace daño y me impide alejarme de las miserias morales que me ataron a la tierra. Quitad ese luto ostentativo, porque me causa tristeza, y sólo sienta bien a los que gustan seguir el carnaval de la vida, simulando muchas veces lo que no sienten. Guardad vuestras flores materiales para los vivos, que los cadáveres no la necesitan y ofrendadme a mí las flores luminosas de vuestra alma. Vuestros cirios encendidos me hacen reír, y me enoja el fausto y la vanidad de los suntuosos mausoleos, porque ellos causan dolor, en vez de placer, a los seres a quienes se les dedican, que piensan más en la caridad que dejaron de hacer, que en la magnificencia que se les hace. Vuestros sentimientos sinceros me hacen mucho bien, y mejor me hacen vuestros elevados pensamientos y dulces recuerdos con que me evocáis, y mucho mejor aún, vuestra conducta, encaminada a la investigación de la verdad y a la práctica del bien y de la virtud. No seáis supersticiosos, no pidáis reposo, quietud e inercia para mí, aunque como espíritu, soy actividad, movimiento, luz, vida, voluntad e inteligencia”.



Si queremos brindar un consuelo a los seres amados que han dejado la Tierra y hacernos gratos a su memoria, llevémoslos presentes en nuestra alma, guardémoslos en el santuario de nuestro corazón, evoquémoslos en el dulce recuerdo de su cariño y, en las horas silenciosas de nuestra vida, cuando la añoranza por su aparente alejamiento nos entristezca, elevemos hacia ellos nuestros más tiernos sentimientos y pidámosles correspondencia en los afectos, con la esperanza de volverlos a ver. Pero si llevados de un amor más profundo y del legítimo deseo de penetrar el misterio de la existencia, sentimos la necesidad de aproximarnos a ellos, de saber si son felices o desgraciados, de disipar nuestras dudas respecto a lo que hay más allá de esta vida, para que la esperanza de encontrarlos se afiance en el conocimiento científico de ultratumba, recurramos entonces al Espiritismo, a esta grandiosa ciencia del alma, edificada sobre hechos positivos, con las manifestaciones de las almas que han vivido en la tierra, por los estudiosos y amantes de la verdad, entre los cuales se cuentan los sabios más eminentes, los pensadores más ilustres, que figuran en la vanguardia del movimiento científico y filosófico. Y, entonces, no solamente nos habremos convencido de que en el cementerio sólo está la grosera envoltura del espíritu y de que éste continúa existiendo, sino también habremos llegado al convencimiento de que la vida terrena no es más que un tramo en la infinita escala del progreso. Y, a la luz de los fenómenos espiritistas y de la doctrina que los consulta, se disiparán muchas dudas, desaparecerán muchos errores, se aclararán muchos misterios y se resolverán muchos problemas, que no pueden tener solución sin su conocimiento.

La senda que los espiritistas hemos escogido para llenar el objeto de nuestra vida es, a despecho de las vanas preocupaciones del mundo profano y de la negación del materialismo seudocientífico, la que han escogido las mentalidades más robustas y equilibradas, porque los hechos, que no son vanas teorías, se han impuesto y se siguen imponiendo para derribar todos los prejuicios y rutinas de la falsa moral social y religiosa.



## XIV

### LA FE Y LA DUDA

La fe es un elemento necesario para llegar a la verdad o a la realización de un propósito determinado: sin ella no se lleva a feliz término ninguna empresa difícil en la vida, y la voluntad flaquea ante los obstáculos más insignificantes, colocándonos en la imposibilidad psíquica y moral de lograr el fin que deseamos, pero es menester que la fe sea razonada, que se afiance en el discernimiento de las ideas y de los hechos que las originan, que no la abandonemos a sí misma porque, como el instinto o la pasión, puede perdernos lo mismo que puede salvarnos, puede extraviarnos en vez de conducirnos por el recto camino de la verdad.

La fe no debe excluir por completo a la duda en aquellas cosas que aún no alcanzamos a comprender bien, porque la duda y la fe, aunque parezca paradójico, constituyen los elementos o auxiliares indispensables de una verdadera convicción.

La duda –se ha dicho– es el principio de la sabiduría, y por lo que a la fe se refiere, podemos afirmar que es el fin de la creencia, considerados, principio y fin, como términos de un verdadero convencimiento, que no deben excluirse en tanto dure el proceso de la verdad buscada o del fin realizado.

Así como no se puede creer en los méritos de un hombre sin antes haberlos conocido o haber tenido pruebas testimoniales de ellos, ni en la potencia de un elemento o de una máquina sin haber experimentado o comprobado sus efectos potenciales, tampoco se puede creer a priori en hechos que no hemos ob-

servado y que por su índole y por lo poco familiarizados que se está con ellos se resisten a una creencia anticipada, y por idénticas razones tampoco se pueden negar.

No es posible tener fe sin un conocimiento previo de las cosas y de los principios que le han de servir de fundamento, sea este conocimiento empírico o inductivo, adquirido en los hechos o en simples razonamientos.

Quien se jactase de tener fe en hechos que no ha observado, que no comprende ni está seguro por el testimonio de los demás ni por razonamientos propios, se engaña y engaña a los demás y falta a la sinceridad, que vale más que una fe mentida.

La duda no implica negación ni siquiera suspensión de juicio: la duda busca, y, desde el momento que busca, es porque cree en la posibilidad de una verdad oculta, accesible a la inteligencia humana, y esta posibilidad puede, desde luego, traducirse en un principio de fe. Pero la duda debe tener su límite, como la fe su fundamento: cuando la fe se arraiga en el alma por el conocimiento de la verdad, por la clara conciencia que de ella tenemos, la duda desaparece por innecesaria.

La duda no es una situación de ánimo negativa, sino más bien hipotética: toda hesitación que no degenera en escepticismo, promueve el deseo de conocer.

Para el descreído, empezar a dudar es empezar a creer, mientras que el que cree verdaderamente no puede retornar a la duda: el que llega a dudar es porque no ha creído sino en la posibilidad de una creencia, porque su fe no fue más que una presunción.

En la búsqueda de verdades trascendentales debemos conciliar la duda y la fe razonadas.

El sabio sin fe es como la nave sin brújula: no llegará jamás al pináculo de la gloria, a la realización de ningún propósito, al descubrimiento de ninguna verdad, y el sabio que no dude ante un hecho desconocido, ante la naturaleza u origen de ese hecho, cometerá muchas imprudencias y temeridades, hará muchas cosas inútiles y no pocas perjudiciales, porque la duda implica reflexión y discernimiento.

Dudemos, pero sepamos dudar sin comprometer la verdad y sin caer en el escepticismo y en la negación sistemática. Tengamos fe, sin que ésta degenera en superstición y nos ciegue en el engaño propio o ajeno y haciéndola pasar en todo momento por el tamiz de la razón. Para algo nos ha dado Dios la elevada facultad del entendimiento.

En el estudio de verdades trascendentales, en las manifestaciones y comunicaciones mediúmnicas, no es siempre conveniente entregarse a la “buena fe”, ni debe exigirse la “fe” anticipada: basta con la buena disposición de ánimo para hacer asequible la verdad, sin que las prevenciones para rechazar el error o el engaño, si lo hubiere, sean para ello un obstáculo.

Los seres que vivimos envueltos en el velo de la materia y que por medio de la comunicación penetrar en el mundo espiritual nos asemejamos al buzo que baja a las profundidades del océano, y a través de sus aguas, no muy transparentes, quiere desentrañar los tesoros que ellas envuelven. Vivimos, pues, en la penumbra de nuestra noche terrestre: no vemos ni comprendemos claramente más de lo que se nos hace ver y comprender, haciéndonos pasar esta verdad a través de nuestra razón. Prescindir de ella sería como apagar la luz en medio de las tinieblas.

Si queremos fe formémosla en los hechos y en el estudio, pero no la exijamos de quienes no pueden tenerla, porque la fe no es una adquisición voluntaria: no se puede tener fe como se tiene un sombrero. El hombre ni es crédulo ni es incrédulo, cree cuando su grado de evolución le permite comprender, cuando las circunstancias de la vida le colocan en condiciones que le hacen accesible a la verdad, cuando su razón ha madurado lo suficiente para dar cabida a lo que ayer creía absurdo o indiferente, y niega cuando aún es incapaz de creer.

Cuando la verdad espírita se presente al mundo en toda su desnudez –y en este sentido debemos regocijarnos de sus progresos–, o cuando la humanidad se eleve hasta su comprensión, todos creerán en ella y se asombrarán de que se haya dudado. Corresponde a sus cultivadores salvar esta distancia, para que esta nueva fe se arraigue en los espíritus definitivamente.

## XV

### **PREMIOS Y CASTIGOS, LA JUSTICIA SEGÚN EL ESPIRITISMO**

El célebre filósofo Juan Jacobo Rousseau, convencido, sin duda, del escaso valor de los preceptos morales cuando no se afianzan en una justicia suprema, previsor y ecuánime y de la ineficacia de los premios y castigos teológicos o sancionados por las leyes humanas, escribió esta insinuación asaz significativa:

“Filósofo, tus leyes son muy hermosas; pero muéstrame, por favor, la sanción”.

Y la sanción que exige Rousseau no es, ciertamente, la que pretende modelar al hombre con los tradicionales “premios y castigos”, porque ésta ya ha sido formulada en mil formas distintas por los sistemas filosóficos y las mil y una religiones y codificada por las diversas legislaciones sociales. La sanción moral que material y espiritualmente, puede satisfacer al individuo y a la sociedad, sólo puede formularla la filosofía espiritista.

Los filósofos y sociólogos materialistas han escogido mil sistemas éticos sin lograr responder a la insinuación del filósofo ginebrino. El mismo Proudhon, con ser uno de los más fervientes defensores de la justicia y de la dignidad personal, no ha podido, para demostrar que “la justicia humana se basta a sí misma”, satisfacer esta exigencia filosófica sino sacrificando al individuo a las injustas prerrogativas que confiere a la sociedad,

considerando a ésta como a un organismo y al individuo como un simple órgano, subordinado a la ley del número, a la sanción legal, que, aunque de hecho no es fiel expresión de la mayoría, de derecho se le hace aparecer como tal. Este es el fin lógico a que, para conciliar los antagonismos entre la conciencia del individuo y la llamada “conciencia colectiva”, debe llegar fatalmente toda filosofía materialista.

Si al materialismo puede echársele en cara lo defectuoso y unilateral de su justicia, en análogo caso se hallan las religiones positivas; pues a la insuficiencia de la justicia humana y sin abandonar las monstruosidades de ésta, superponen los “premios y castigos” ultraterrenos, tan monstruosos e injustificados unos como otros. No se va hacia el dios de las religiones sino temiéndole: el amor a un “legislador supremo”, que ellas nos recomiendan como primer artículo de fe, es un sentimiento arbitrario: no puede ser sentido en el corazón de los hombres que, débiles criaturas, llenos de flaquezas y propensos al pecado, esperan su fallo terrible y decisivo, tanto los que obran bien como los que obran mal: éstos, porque han de sufrir su irremisible castigo, y aquéllos por pensar y sentir el sufrimiento que a éstos espera.

Con los premios y castigos teológicos no se busca el perfeccionamiento de nuestro ser en el tiempo infinito de nuestra existencia: el progreso del espíritu tiene solución de continuidad en un paraíso celeste, en donde cabe pensar en la dicha de nuestros hermanos condenados a los sempiternos tormentos infernales, o en un infierno o lugar de suplicios, en un eterno remordimiento sin esperanza ni misericordia, en donde lloraremos nuestro infortunio sin ver jamás a los seres que hemos amado, a no ser que les quepa nuestra misma suerte. El mal y el bien de las acciones humanas no existen según las religiones positivas como un modo de actividad de nuestro espíritu imperfecto, como dos términos de la evolución de nuestra alma, sino como dos fuerzas antinómicas creadas ex-profeso para nuestra perdición o salvación eternas.

Los premios y castigos de las religiones positivas son incompatibles con la justicia natural y divinas que hallamos en las mismas leyes de la evolución y del perfeccionamiento moral de cada ser y que obra de acuerdo con su naturaleza perfectible; siendo la manifestación expresa de una voluntad arbitraria a la



naturaleza del hombre, son propios de un dios bárbaro, antropomorfo y personal que, por inversión lógica y cronológica, crean anticipadamente los lugares de suplicio y de bienaventuranza, el mal y el bien, y luego forma las criaturas imperfectas, propensas al pecado y las dota de libre albedrío, que de nada le valdrá si se tiene en cuenta que él, cuya omnisciencia es su principal atributo, ha previsto desde toda la eternidad el fin eternamente feliz o desgraciado que a cada una de ellas les espera.

Toda religión, sistema filosófico o ideológico, tiene una moral en armonía con sus creencias y toda moral tiene necesariamente su sanción sea ésta legal o social, dependa de la conciencia del individuo o de una justicia ultraterrena, y de ahí que el Espiritismo, siendo la filosofía ética que más ahonda en la naturaleza espiritual del ser humano, tenga también su sanción, la cual está de hecho y debe estar formalmente, en concordancia con su filosofía.

La moral circunstancial, contradictoria, ajustada a la estructura económica de la sociedad, a los convencionalismos sociales, no es la moral espiritista, y la sanción legal que se ciñe necesariamente a los intereses materiales de la sociedad y desconoce la naturaleza espiritual del hombre, sus derechos, las causas y consecuencias determinantes de los delitos, no es tampoco la sanción ecuaníme de la justicia que conciben los espiritistas.

Las religiones de estado han hecho de sus respectivas morales, sistemas acomodaticios, ceñidos a las diversas formas económicas, políticas y jurídicas de la sociedad. El mismo cristianismo acabó por adaptarse a los intereses temporales abandonando la pureza de su doctrina a lo que hoy con marcado desprecio algunos magnates llaman “la religión de los pobres”... Y la sanción de las religiones, sus premios y sus castigos, lo mismo los hallamos en el cielo que en la tierra, en los códigos que en los libros sagrados, lo mismo dependen de los legisladores humanos que de los jueces divinos y lo mismo premian hoy lo que castigan mañana.

En la Tierra, es la sanción legal que castiga en el individuo lo que tolera y ampara en la sociedad, o es la sociedad, que condena delitos que ella genera y que no puede vivir sin ellos en virtud de lo defectuoso de su régimen económico y de su legislación. En los cielos, es la sanción de un dios celoso y vengativo, que

castiga caprichosamente en la débil criatura el propio delito de haberlo creado imperfecto y que no ha podido resistir la tentación de un pecado o la enfermedad de un delito que no siempre estuvieron en él, el poder evitarlos; si lo creó imperfecto, imperfectas también deben ser sus acciones y sólo podrá perfeccionarlas con las consecuencias de sus yerros, con la experiencia de sus caídas, con la enmienda de sus faltas y el mérito de sus esfuerzos realizados en la sucesión de existencias infinitas y no en la perpetua beatitud, en una inercia contemplativa o en un suplicio eterno, más digno de la fantasía de un monstruo que de la invención de un dios.

La justicia humana pobló la tierra de cárceles, de ergástulas, de presidios y destierros, inventó patibulos, guillotinas, fusilamientos y electrocuciones, levantó hogueras y fabricó instrumentos de tortura inquisitoriales, para castigar la mayoría de las veces a seres inocentes, a hombres honrados, a varones eminentes.

La justicia celestial con sus miles de dioses y demonios, tan perversos unos como otros, pobló los cielos de lugares fantásticos, de delicias y suplicios; allí junto al Paraíso de los cristianos—desde donde los bienaventurados podrán ver a sus hermanos, víctimas de los tormentos del infierno, sin sentir ninguna pena y aun, según las palabras de santo Tomás de Aquino, “enajenarse de alegría” para mayor gloria de Dios— está el Olimpo y el Empíreo de los paganos y gentiles, y no lejos de éstos, como un museo etnográfico, se hallan un sinfín de paraísos donde, así como en la Tierra, se distribuyen los honores al mérito, los goces y los privilegios, se dispensan toda clase de favores, de premios y de placeres sin fin, desde los más sensuales hasta los más espirituales y divinos. Y junto al Infierno cristiano hallamos el Tártaro y los Campos Elíseos y otros lugares infernales donde no faltan ni la hoguera inextinguible, ni las calderas hirviendo, cuyas “coberturas levantan los ángeles para ver las contorsiones de los condenados”, ni los ríos y cloacas de fuego con torbellinos de llamas y asfixiante humo, ni estanques de azufre en constante ebullición, donde las almas se revuelcan en espasmódicas convulsiones, ni hielos ni nieves, ni volcanes ni precipicios, ni hedor pestilente, ni espacios tenebrosos poblados de monstruos horribles, voraces, en cuyas mandíbulas se

retuercen los réprobos, de nubes de langostas, de víboras, de áspides y gigantescos escorpiones que emponzoñan los cuerpos de los condenados, ni cadenas ni cerrojos; lugares de tormentos, en fin, en que nuestras Siberias, nuestras Bastillas, nuestras ergástulas, nuestros calabozos inquisitoriales, con todos sus suplicios y torturas, con todos sus espeluznantes horrores, con toda la saña de sus iniquidades legales y extralegales, con todas sus miserias e inmundicias y los vicios y degeneraciones que engendran, resultan tristes parodias comparándolas con los castigos celestiales.

Los premios y los castigos teológicos son, más que un plagio, una caricatura exagerada de los premios y castigos terrenales. La sanción legal y la sanción divina de las teologías tienen un mismo origen, un mismo medio y un mismo fin: el interés, el castigo y la venganza. En una como en otra no hay ninguna finalidad ulterior para el individuo, ninguna emulación desinteresada hacia su elevación moral y espiritual por el bien y el amor a sus semejantes, ninguna abstención al mal más que por el temor.

El Espiritismo rechaza los premios y castigos y sólo admite las consecuencias naturales de las acciones. La sanción moral que se desprende de su filosofía es ecuánime y reparadora; no solamente juzga las acciones en concreto, sino que también tiene en cuenta la intención y el móvil que las inspira, las circunstancias que las provocan, los factores materiales y psicológicos que las determinan y las predeterminaciones, metapsíquicas y espirituales que tienen su origen en anteriores existencias, lo mismo que el grado de evolución moral e intelectual del ser que las ejecuta; no cierra las puertas al arrepentimiento, pero tampoco las abre a la perversión, porque su ley moral es progresiva y no retrospectiva, tampoco las cierra a la reparación, que tiene por delante el tiempo ilimitado para reconocer sus errores, enmendar sus faltas, sufrir sus consecuencias o hacer tanto bien como mal haya hecho, y en esto consiste la grandeza sin igual de su justicia. Para el espiritista no existe el azar ni la exención, ningún delito, por leve que sea, queda en la impunidad, toda justicia halla en el tiempo su sanción ecuánime, toda falta tiene su perdón, pero no hay acción sin consecuencia. La ley moral, o sea la Justicia Suprema, es inexorable: le pedimos clemencia pero sólo hallamos en ella compensación.



El burgués, el rico de hoy, bien puede ser el mendigo o el rebelde de mañana, como puede suceder que el mendigo o el rebelde de hoy, haya sido el rico acaudalado de ayer; el que hoy estudia y se afana por ser sabio y lucha contra la ignorancia y la adversidad que se oponen a sus anhelos de saber, es probable que haya sido un estulto, enemigo del estudio y de la ciencia; el donoso que, abusó de su hermosura y de su gracia, pagará, probablemente, el desdoro y la deshonra que causó, volviendo a la vida en un cuerpo deforme y repulsivo, siendo el escarnio de sus propias víctimas.

Todo lo que moralmente sucede relacionado con el individuo o con la sociedad tiene su encadenamiento lógico en el presente o en el pasado del espíritu, pero no todo es necesario o fatal, ni todo es justo en un momento determinado de la existencia humana; las cosas pueden suceder y la justicia realizarse de muy distinto modo; lo contingente no contradice lo necesario; no es fuerza de ley divina o espiritual que el que comete una acción inmoral o criminosa esté condenado fatalmente a sufrir la misma acción, porque esto sería anular la libertad y si el mal se pagase siempre con un mal equivalente, el bien no tendría ningún objeto; para enmendar su falta o purgar su delito, puede hacer el victimario a la víctima tanto bien como mal le hizo; y en esta equivalencia realizarse la justicia más estricta.

La sanción de la justicia natural y divina que se desprende de la filosofía espírita no es la del talión: “ojo por ojo y diente por diente”; y cuando los espiritistas hacemos alusión a ésta o cuando, indebidamente, hablamos de “premios y castigos” ultraterrenos o divinos, de “mundos de expiación”, del “perdón de Dios”, etc., lo hacemos por un hábito del lenguaje, ateniéndonos más al sentido espiritual que a la forma literal, pero en mi concepto –y sin que esto lastime la opinión de nadie– debiéramos evitarlo porque, en perjuicio de nuestra filosofía, hay –como dice Leibnitz– quienes toman la paja de los términos por el grano de las cosas.

El Dios de la Naturaleza, impersonal, que concebimos los espiritistas, ni premia ni castiga, ni se ablanda ante nuestros ruegos, ni se irrita por nuestras faltas, porque, en su sabiduría infinita, ha previsto –o, mejor dicho, prevé– todo lo que, para la armonía perfecta del Universo, para su justicia suprema, debía prever, y porque no es un dios forjado a imagen del hombre como los inventados por las fantasías religiosas.

## Una antigua leyenda hindú dice:

“Un día vióse venir a un creyente; en una mano llevaba una antorcha y en otra un vaso lleno de agua. ¿Adónde vas y qué quieres hacer?, le preguntaron. Con este fuego –contestó el iluminado– voy a incendiar los palacios del cielo y con esta agua a extinguir las llamas del infierno, a fin de que en adelante el hombre pueda honrar a Dios en verdad, y no servirle por esperanza o por temor”.

La ciencia experimental y la filosofía espírita han descubierto el origen de este fuego sagrado, la fuente de esta agua purísima y han puesto su caudal inmenso en nuestras manos. Sepamos utilizarlo no sólo para destruir los premios y castigos teológicos brindando a la humanidad el medio de caminar sin su auxilio, sino también para templar la sed espiritual de los infelices que gimen en degradantes prisiones alejados del mundo y de sus más tiernos afectos, víctimas, en algunas casos, de su flaqueza moral y de su irreflexión, en otros, del medio social y de la ignorancia, y en todos, absolutamente en todos, de una legislación social absurda, injusta e inhumana y para iluminar la mente de los que, no exentos de faltas punibles como todos los mortales, se arrogan el derecho de sancionar y de aplicar castigos en vez de precaver los delitos, de curar, educar y persuadir.



## XVI

### EL ESPIRITISMO Y LAS RELIGIONES

Se ha preguntado muchas veces si el Espiritismo es religión, y casi siempre, se ha contestado afirmativamente. Para corroborar esta aseveración se ha dicho que el sentimiento religioso es innato en el ser humano, que religión es el lazo que une al hombre con Dios y que el Espiritismo admite como las religiones la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

Creo que sobre este “concepto religioso” del Espiritismo –erróneo a mi modo de ver– se ha bordado todo ese clásico ropaje, todos esos hábitos tradicionales de que he hablado; y no es sólo esto, sino que este falso concepto ha llevado a más de un espiritista al sincretismo, verdadera plaga que tenemos el deber de extirparla de raíz.

Teniendo en cuenta que el Espiritismo “nació” de los hechos positivos, y que una serie de hechos conocidos por “principios ciertos” constituyen una “ciencia”; teniendo en cuenta también que toda ciencia tiene sus consecuencias filosóficas, y que la doctrina espiritista no es otra que estas consecuencias ¿cómo podemos deducir que el Espiritismo es religión, cuando ésta sólo se apoya en la fe ciega, en la revelación divina, en el milagro, etc.?

Decir que el Espiritismo es religión por el hecho de que admita la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, equivaldría a decir que también hay una religión platónica, socrática, etc.,

puesto que estos sistemas filosóficos admiten estos mismos principios, o que, por el contrario, existe una ciencia o filosofía católica o protestante, porque éstas admiten los mismos principios que aquellos.

Porque el sentimiento religioso sea innato en el hombre, no se debe deducir que el Espiritismo es religión, porque con la misma lógica podría decirse que hay una religión astronómica o una química o física religiosa.

Otro error, a mi juicio, es decir “que la religión es el lazo que une al hombre con Dios”. Si recorremos la historia de todas las religiones, hasta perdernos en sus propios orígenes, no encontraremos en ninguna de ellas ese lazo divino; por el contrario, vemos que se han apartado siempre del verdadero concepto espiritual de Dios, para caer en el más vil de los materialismos; siempre nos lo han presentado en una forma grotesca: humano, personal, vengativo y cruel. ¿Dónde, está, entonces, ese lazo que nos tendió la religión para subir en espíritu hacia Dios?

En los tiempos primitivos el sentimiento místico –a pesar de su ingenuidad– fue un sentimiento indefinido, de vago temor supersticioso, y podría decirse falso, porque el hombre bestializó y antropomorfizó a Dios; y no es que lo haya adorado en esa forma. ¡Cuán lejos estaba el hombre de la idea divina cuando rendía culto a sus ídolos! Por otra parte, atribuyó poder divino a los elementos que más directamente le afectaban, hizo como el bruto, que muerde el látigo con que se le fustiga, o lame la mano que le acaricia, sin comprender que tras de la mano y el látigo hay una inteligencia que los guía. Sólo cuando despertó en el hombre el sentido filosófico; sólo cuando dijo (mucho antes que lo dijera Descartes): “pienso luego existo”, y trató de saber el porqué de su existencia, sólo entonces pudo concebir la verdadera idea de Dios y por consiguiente la espiritualidad e inmortalidad del alma. Desde entonces, vemos al hombre apartarse cada vez más de ese sentimiento instintivo, entregándose en cambio a la contemplación de las bellezas naturales, al estudio científico y filosófico de la Naturaleza, único lazo para, por medio de él, elevarnos hasta Dios.

Indudablemente se confunde a menudo el sentimiento “religioso” con el sentido filosófico: el primero se va perdiendo en los espíritus evolucionados, por ser instintivo; el segundo, va despertando a medida que aquel se extingue. El primero, afirmando

a Dios, sin comprenderlo, lo va matando: el segundo –aunque negándolo algunas veces– lo vivifica y espiritualiza. Son cual dos ramas de un mismo rosal: mientras que una –eternamente cubierta de espinas– tiende a secarse, la otra, llena de lozanía, se cubre de hermosas y perfumadas flores.

Las religiones tienen ritos, rezos, templos, ídolos y dogmas; el Espiritismo detesta todo eso. Las religiones tienen santos, ángeles y demonios; el Espiritismo habla sólo de espíritus más o menos evolucionados. Las religiones nos hablan de penas y castigos o, en cambio, de una vida de monótona beatitud, para después de la muerte; el Espiritismo, de justas consecuencias de nuestros actos, de evolución y progreso espiritual eternamente. ¡Cuán notable es la diferencia que existe entre ambos! Religión es sinónimo de sombra; Espiritismo, de luz.

El Espiritismo, inmenso árbol de la vida, cobijó bajo su grandiosidad filosófica a todos los hombres que necesitaron de su abrigo, y éstos, creyéndolo sin vida suficiente –y en su agradecimiento para con él– quisieron regar sus raíces, y para ello volcaron sobre ellas sus ideas y hábitos religiosos, y, sin querer, contaminaron su savia. El árbol no da los frutos que debiera dar; sus flores mueren apenas nacen. Es menester, entonces, depurar su savia; podar sus viejas ramas para que reverdezca, para que se cubra de flores y de buenos frutos.

## XVII

### ESPIRITISMO Y CRISTIANISMO

Es cosa sabida que en los tiempos primitivos los escasos conocimientos se circunscribían a los libros llamados sagrados. Lo que hoy es ciencia, filosofía y legislación se confundía rudimentariamente dentro de esos textos, los que llevaban el sello y la autoridad de lo divino, para darles fuerza y conseguir el acatamiento de parte de esos pueblos ignorantes y atrasados.

Fue necesario obligar a esas mentes poco evolucionadas a creer ciegamente en las revelaciones de la Divinidad, revelaciones que intentaban explicar la génesis del Universo y el destino de los seres humanos; pero a medida que el tiempo transcurría y que el hombre iba rasgando los velos de lo desconocido, arrancando a la naturaleza uno a uno sus secretos, un grave problema se presentaba para las creencias religiosas. Los adelantos científicos y filosóficos ponían de manifiesto que aquellas verdades que se aceptaban como concluyentes y divinas, cual si un Dios antropomorfo las hubiera expresado por sus propios labios, no eran verdades sino engañosos espejismos que la ignorancia había interpretado como realidades evidentes.

Las religiones intentaron vanamente defender su juicio; pero la civilización falló definitivamente el pleito contra esas pretendidas revelaciones de la divinidad, como igualmente sobre el carácter sagrado y la exactitud y completa veracidad que decían encerrar tales obras.

Y, a medida que aparecieron las ciencias, diversas escuelas filosóficas nacieron a raíz de las nuevas conquistas, llegándose a nuestros días en que, el dominio de lo desconocido, no está reservado a la revelación divina, sino que corresponde a la investigación humana. Es a la ciencia y a su inseparable aliada, la filosofía, a quienes incumbe descubrir, escrutar y sondear con sus métodos experimentales y sus deducciones lógicas, buscar las causas que misteriosamente se ocultan en todas las cosas.

Tan absurdo es decir que el cristianismo y el Espiritismo son una misma doctrina, como que la alquimia y la química son una misma ciencia. El cristianismo habrá sido necesario para una humanidad de hace dos mil años, no lo negamos ni tampoco discutimos que encierra muchas verdades; pero son sus enseñanzas las que no concuerdan ni corresponden al grado actual de la civilización humana.

El cristianismo como código de moral tiene en sus bases las enseñanzas de todas las religiones y su lenguaje sentencioso, sus oscuras parábolas, su deshilvanada doctrina, no es apropiada para ser ofrecida a las exigentes mentalidades de un siglo XX.

El Espiritismo, en cambio, como escuela filosófica contemporánea se apoya en los hechos y como ciencia positiva lo comprueba, los analiza, se remonta a sus causas y deduce las leyes a que obedece. Es un sistema filosófico que no se basa en revelaciones sino que es el producto de la inteligencia humana. El enseña, no por medio de figuras alegóricas, cuyo sentido oculto pocos aciertan a descifrar; ilustra por medio de sentencias claras, terminantes, que no se prestan a diversas interpretaciones y que se hallan al alcance de todas las mentes por más sencillas que sean. Su moral no se impone por la autorizada palabra de tal o cual apóstol o mesías determinado; se acepta por la comprensión de las verdaderas leyes que rigen la vida de los seres por la seguridad de una sanción exacta sobre nuestros actos sanción que no incumbe al fallo de una divinidad sino que tiene lugar en una forma natural, por el juego de las leyes que rigen el Universo y la vida toda.

Tan ridículo sería suplantarse la astronomía por la astrología, como suplantarse la filosofía espiritista por el cristianismo o cualquier otro credo religioso. Dejemos a la astrología, a la alquimia y a las religiones el lugar que la historia y las necesidades de la evolución humana y del progreso les haya deparado dentro de las sabias leyes que gobiernan el Universo.



Ellas han cumplido su misión llenando una necesidad en determinados períodos de la vida humana. Seamos consecuentes con los principios de progreso y adelanto que exige nuestro Ideal y no suplantemos a la filosofía espiritista por ningún credo religioso como no hemos de trocar a la astronomía, a la química, ni a ciencia alguna por los rudimentarios conocimientos de las remotas edades.

Espiritismo y cristianismo no son una misma doctrina, del mismo modo que la química no es la alquimia, ni la astrología la ciencia astronómica.

## XVIII

### NUEVOS RUMBOS A LA SOCIEDAD

Para el espiritista, la sociedad humana es un dinamismo espiritual, que se mueve a impulso de las ideas y sentimientos en sentido progresivo; pero como el progreso no se efectúa en línea recta, sino, como dice cierto filósofo, en forma de espiral, tiene sus aparentes descensos, que corresponden al final de cada civilización, caracterizados por la crisis general en todos los órdenes de la vida, cuya civilización, al finalizar la curvatura de su ciclo evolutivo, con el impulso de las fuerzas que la determinan, da nacimiento a otra, y así, sucesivamente, de ciclo en ciclo, la humanidad se va elevando a formas sociales más perfectas, pasando siempre por las mismas fases de nacimiento, apogeo, decadencia y muertes aparentes. Pero este impulso dinámico social débese siempre a las nuevas tendencias ideológicas, a las tendencias individuales o colectivas que, por ley de la misma evolución, tienden a apartarse de las tendencias generales, o sea de las viejas ideologías conservadoras, arraigadas a los intereses materiales que se crearon en la sociedad.

De ahí que los hombres más evolucionados moral y espiritualmente, los que forman parte de las nuevas tendencias ideológicas y los que se sienten afines a ellas, “los hombres amantes del progreso”, como dice Allan Kardec; son los que deben dar el impulso a este nuevo ciclo de la evolución humana porque sus ideologías son –dirémoslo así– las nuevas células de la sociedad, llamada a vigorizar su organismo en decadencia y darle nueva vitalidad.

Huelga decir que el Espiritismo se halla a una altura muy superior con respecto a las demás ideologías, porque no solamente cree en la justicia, sino que la hace emanar de un Principio eterno, justo y omnisciente, manantial de todas las virtudes y de todos los sentimientos que exaltan y ennoblecen al hombre y, por lo tanto, es capaz de infundir a la sociedad esa nueva vitalidad de que carece, de imprimirle nuevos rumbos hacia una era de paz, de amor y de justicia. Y al decir el Espiritismo, entiendo decir los espiritistas, ya que, como dice el Evangelio, al que más se le da, más se le pedirá.

Para llegar a la realización más pronta de esta finalidad social, los espiritistas nos vemos precisados, por la fuerza de los mismos acontecimientos que se desarrollan en el mundo en este momento transitorio de la historia, a intensificar nuestra acción moralizadora y transformadora de los valores sociales, acción destructiva y a la vez constructiva, en el sentido de neutralizar la falsa educación, la moral interesada y discordante, que se da al hombre desde su niñez, y le enseña a cumplir deberes y a respetar derechos que no son sino imposiciones arbitrarias, que están en pugna con la justicia y con el derecho natural y, por consiguiente, con los principios morales del Espiritismo; educación que se inculca con el propósito de mantener esta sociedad de privilegios, venero de odios, de guerras, de robos e inmoralidades; destructiva, en fin, en el sentido de criticar y combatir, franca y abiertamente, todas las injusticias, crímenes y prerrogativas sociales, enseñando a no reconocer otras riquezas ni otros títulos de superioridad que aquellos que han sido adquiridos con el esfuerzo propio y sin perjuicios de un segundo; y constructiva en el sentido de enseñar la moral espírita en toda su fuerza, que pone por encima de todas las ambiciones materiales, de todos los egoísmos y orgullos, los cuales constituyen el fundamento del privilegio, la caridad, el amor, la igualdad y la fraternidad.

Los espiritistas que hemos penetrado en el sentido evolutivo de la vida, tanto individual como social, marchamos llenos de sano optimismo hacia esa nueva sociedad que se vislumbra, pero no como simples espectadores, ni obligados por la fuerza de los acontecimientos –como muchos suponen–, sino como propulsores de ese gran movimiento social que se gesta en las

ideas y se desarrolla en el mundo de los hechos, llevando la antorcha de nuestro ideal a mayor altura porque es la más capaz de iluminar a la humanidad y conducirla con mayor prudencia y menos sacrificios. No queremos llegar a ella con las manos tintas en sangre, porque esa sangre es nuestra propia sangre, y los delitos que combatimos son también nuestros propios delitos. Por otra parte, aunque en último término la violencia fuese necesaria –dada la resistencia del egoísmo contra la justicia y el derecho–, ella sería completamente estéril y de resultados negativos, no estando la conciencia de los pueblos suficientemente evolucionada para afianzar el nuevo régimen sobre la base de la igualdad económica y social que, como bien dice Allan Kardec, no podría existir sin verdadera fraternidad.

La evolución se realiza en las ideas y en los sentimientos morales, sobre una base espiritual y positiva, porque sin ella no puede haber emancipación social, ni justicia, ni perfeccionamiento individual ni colectivo.

Cuando los hombres se den exacta cuenta de lo que son, para qué vienen a la tierra y la finalidad que persiguen como espíritus, y no como bestias insaciables y egoístas; cuando, por las enseñanzas del mundo espiritual, se convenzan del ínfimo valor de las riquezas materiales, si éstas no sirven para aumentar las riquezas del espíritu y satisfacer todas las necesidades de la vida social; cuando, en fin, estas y otras muchas cosas que enseña el Espiritismo penetren en las conciencias cegadas por los mezquinos intereses de la vida material, entonces la fraternidad, el reinado de la igualdad y de la justicia serán un hecho y no se necesitarán revoluciones sangrientas para imponerlas.

Mientras tanto, toca a los que hemos abrazado este ideal, a los que aman la verdad y la justicia, trabajar asiduamente para que esta finalidad social se realice, porque su realización depende del esfuerzo y también del sacrificio de los que creen en ella.



## XIX

### ORIENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN DE LAS SOCIEDADES ESPIRITISTAS

#### *Ideal grandioso*

El Espiritismo es un ideal grandioso y de horizontes amplísimos, no solamente por su contenido científico, filosófico o moral, sino también por lo que es capaz de realizar en la sociedad humana, en bien de la solidaridad, del amor, de la justicia económica y social, de la verdadera fraternidad, cuando se le sabe interpretar con espíritu ecuánime, sin prejuicios ni intereses mezquinos y se orienta por el camino recto del progreso y de la verdad. Para ser estudiado y comprendido en toda su profundidad y extensión, en el límite, se entiende de los actuales conocimientos y de la capacidad humana, se requieren inteligencias cultivadas, libres de prejuicios, seriedad, espíritu de observación, discernimiento y completo desinterés, sin cuyos requisitos no es posible abocarse a su estudio con verdaderos resultados, ni cumplir con la función social que él nos impone. El Espiritismo es, por lo demás y como bien lo dijo Kardec, una ciencia integral y progresiva: integral, porque abarca todas las fases de la vida y resume todos los conocimientos y disciplinas del espíritu, como ser ciencia, filosofía, moral y sociología; progresiva, porque, a su inmenso caudal, pueden agregarse también, nuevos tesoros del corazón y de la mente, nuevos productos del genio y de la actividad del hombre y porque, en fin, para ser tal, debe marchar de acuerdo con el progreso de las ciencias y de las conquistas humanas en general.



## **Las sociedades espiritistas**

De ahí que las sociedades espiritistas, para cumplir fielmente con la función social que les está asignada por su categoría de tales, deben contemplar estos cuatro aspectos o fases del Espiritismo en la forma más amplia que les sea posible, esto es:

- 1º) El estudio científico, experimental o de observación del fenomenismo espírita y de otras ramas de la psicología o ciencias afines;
- 2º) El estudio filosófico, o de la doctrina que se deduce de los hechos y manifestaciones espíritas, sin inmiscuir en esta deducción filosófica las concepciones teológicas ni los falsos conceptos religiosos;
- 3º) El estudio de los principios morales que se desprenden de la ciencia y de la filosofía espiritista y que descansan en los postulados de amor, libertad, igualdad y fraternidad, sin falsearlos con interpretaciones antojadizas e interesadas, que derivan de las religiones positivas y de las conveniencias particulares;
- 4º) El estudio objetivo de la Sociología a la luz del Espiritismo y fundado sobre los postulados morales antedichos.

## **Fenomenismo**

El estudio del fenomenismo espírita y, en general de todas las manifestaciones mediúnicas, debe estar exento de toda preocupación religiosa, sin prácticas absurdas, ritos ni rezos, que no corresponden sino a ciertos hábitos adquiridos en los medios incultos o impuestos por la ignorancia, por la sugestión o por el fanatismo.

La misión primordial, dentro de las prácticas mediúnicas, es estudiar a los médiums y sus manifestaciones, cualesquiera que éstas sean, sin prevención y con espíritu crítico y observador, desechando lo falso, poniendo en cuarentena lo dudoso, aceptando a título de hipótesis lo posible y aprobando sin reservas lo cierto y lo conveniente.

Hay que tener en cuenta, también, que los médiums son sujetos muy sensibles y en muchos casos sugestionables y que, como los desencarnados, son también espíritus y como ellos y con más facilidad aún pueden efectuar los mismos o análogos fenómenos y que muchas de las manifestaciones que se atribuyen a los espíritus, provienen del mismo médium, aunque en un

estado de inconsciencia. El alma humana es todavía desconocida; no se conocen aún todas sus potencias, todas sus facultades ni todos sus estados. La subconsciencia guarda conocimientos, aptitudes y recuerdos que pueden manifestarse en uno de esos estados supranormales, como el trance, la hipnosis, el sueño natural y hasta en la misma vigilia, consciente o inconscientemente. La actividad del espíritu no cesa ni en el sueño ni en el trance, y de ahí que el médium, en las comunicaciones que se dan por su intermedio, pueda interferir con su pensamiento en ellas y alterar su forma y su contenido.

Por otra parte, hay estados de trance en que el mismo médium, inconscientemente, reproduce o reconstruye hechos o dramas de la vida, haciendo aparecer en las manifestaciones de su propio espíritu pseudo-personalidades, creaciones de su propia imaginación onírica, que las personas poco instruidas y experimentadas en el estudio del mediumnismo, toman por verdaderos espíritus desencarnados. A estas dramatizaciones subconscientes, se le da a veces tal cariz de verdad, que convencen hasta a los más avisados.

La misión científica (si así puede llamarse), de las sociedades espiritistas, es estudiar con discernimiento todos estos estados y manifestaciones mediúmnicas y establecer, dentro de lo posible, las diferencias pertinentes.

Aparte del fenomenismo, y dentro de lo posible, las sociedades espiritistas, en su fase científica, deben estudiar el magnetismo, hipnotismo, etc., como también instituir cátedras de psicología, biología y demás ciencias afines o que guarden relación con el estudio científico del Espiritismo. Las sociedades espiritistas deben ser centros de cultura y no antros de oscurantismo, de misticismo o de superstición, ni lugares de consultas ultraterrenas para averiguar a las almas vulgaridades, asuntos prosaicos de la vida material o pretender que ellas nos resuelvan nuestras intrigas o cuestiones mundanas, como sucede en algunas agrupaciones mal llamadas sociedades espiritistas. Otra es, más elevada y más noble, la misión de las que tal nombre merecen.

### **Doctrina y filosofía**

En lo que se refiere al aspecto doctrinario o filosófico, se necesita no menos discernimiento y buen criterio, sin los cuales se llegan a aceptar y enseñar los absurdos más grandes, debido

a la falsa o torcida interpretación que, en muchos casos, se da a los postulados de la doctrina y, lo que es más grave aún, cayendo en los conceptos más deprimentes e inmorales de la filosofía religiosa, fatalista unas veces, egoísta y antisocial otras.

La función de las sociedades espiritistas, en cuanto a la enseñanza y divulgación de nuestra filosofía, es establecer previamente la revisión de los valores filosóficos y morales, descartando de nuestra doctrina lo que está en pugna con sus postulados esenciales y no se avenga con las deducciones lógicas y con los hechos y la finalidad individual y social que persigue el espíritu humano en su ascensión progresiva, en su acción dinámica y renovadora, adquisitiva de nuevos valores morales y espirituales, de nuevas conquistas económicas y sociales, que son la condición de una vida más espiritual y que nos prepara en el amor fraternal, para nuevas y mejores existencias. La enseñanza de nuestra filosofía, en su grandiosa concepción dialéctica de la vida y de la historia, debe ser, de acuerdo con su esencia, dinámica, no estática, progresiva, no conformista, revolucionaria, no conservadora; debe marchar de frente al porvenir, no mirando hacia el pasado ni resistiendo al empuje de las nuevas ideologías que encarnan ideas de amor, de justicia y de confraternidad, que son las fuerzas dinámicas que buscan, como todas las corrientes de la vida, nuevos cauces para no detenerse y para renacer en las eternas primaveras y producir nuevas flores y nuevos y más fecundos frutos.

### ***El amor***

El amor debe ser el báculo que nos sostenga en nuestros odios y posibles caídas, pero no el falso amor que aspira a perpetuar el mal, el hambre y la miseria, que se conmueve cuando da una limosna de lo que a veces no ha ganado, o una simple caricia vanidosa, sino el amor fraternal y verdadero que aspira a lo que, en su infinita bondad, aspira Dios: a la unión y felicidad de todos los seres: el amor, humano y divino a la vez, que aspira a unir a todos los hombres y a considerarlos iguales en los deberes como en los derechos, en los esfuerzos como en los goces que están al alcance de su capacidad.

A este respecto, conviene hacer aquí la siguiente insinuación: Toda sociedad espiritista debe desechar por falsa, antisocial, egoísta y hasta cierto punto criminal, la interpretación religiosa



—muy cara a los que han logrado (casi siempre con el sacrificio ajeno) una situación ventajosa en la vida— de la ley de causalidad espírita, llamada ley de causas y efectos y también Karma. El espíritu religioso ha introducido en nuestra filosofía este falso concepto, con el cual se tiende a perpetuar el reinado de la esclavitud y de la miseria, en beneficio de los hartos y privilegiados.

### ***El determinismo***

Vamos a aclarar someramente este principio filosófico, para que se aprecie con criterio espiritista, en su verdadero valor. El Espiritismo, lógicamente interpretado, en este punto, sostiene que no hay efecto sin causa, pero no que el efecto tenga que ser siempre y necesariamente idéntico a la causa: afirma que la evolución del espíritu se efectúa en virtud de un determinismo, digamos mejor, de un encadenamiento causal entre nuestras acciones pasadas y nuestra situación actual, pero no sostiene que esta situación dependa exclusivamente de ese determinismo o encadenamiento causal, ni que éste se realice fatalmente y de un modo unilateral, es decir que el mal que hayamos hecho en el pasado tenga que pagarse con un mal o una acción idénticas, sino que, por el contrario, nos enseña que el amor puede y debe compensar al odio, el bien al mal, el goce al dolor causado. Y esto es, porque en la sanción moral del Espiritismo no rige la ley del talión ni la del absurdo castigo divino; es decir, ojo por ojo, diente por diente, que es ley de venganza y no de justicia y de equidad; sino que en nuestra filosofía la sanción de un mal hecho, puede saldarse con un bien equivalente, porque la justicia natural y divina tiene muchas posibilidades y modos de cumplirse.

### ***La reencarnación***

Por otra parte, la sabia ley de los renacimientos, pone un velo a nuestro pasado, para que no nos preocupemos de lo que hemos sido, sino de lo que somos y, mas aún, de lo que debemos ser.

Así cuando un hombre está enfermo no sería de buenos espiritistas decirle que sufra, que aguante, que esa es la situación que le corresponde en la vida, en vez de curarlo o hacer lo posible porque se sane, del mismo modo, no es de espiritistas decir a los hombres que sufren las consecuencias de un régimen injusto, que aguanten, que se sometan al hambre y a la injusticia, porque esa (como dicen los espiritistas simplistas) es la situa-

ción que se labraron en existencias anteriores, ni que ocupan en la sociedad el lugar y la posición económica que se merecen, porque, a más de ser lo primero una simple hipótesis que no se puede probar, ningún hombre ocupa un lugar invariable, ni una situación económica y social fija. Y esto, señores, es tener un concepto estático de la vida, de la vida que es dinamismo y transformación perenne, y es hacer, de nuestra filosofía, el baluarte de los privilegiados, de los poderosos y de todas las injusticias y crímenes sociales.

### ***Moral espiritista***

Pasemos ahora al tercer enunciado, o sea a la función que les toca desempeñar a las sociedades espiritistas, en lo que respecta a la interpretación y enseñanza de la moral espírita.

Hace ya más de un cuarto de siglo, el ilustre Léon Denis, decía que la misión de los espiritistas era levantar la moral espiritualista que el materialismo había rebajado con su concepto estrecho de la vida.

Ante esta recomendación, que es la de todo verdadero espiritista, cabe, sin embargo, preguntarse cuál es la moral que los espiritistas deben enseñar. ¿Es acaso la moral religiosa de sumisión, que nos induce a subordinar nuestra dignidad humana al capricho de los déspotas ensoberbecidos por el poder y la riqueza? ¿Es la moral hipócrita y antinatural que nos enseña a renunciar a los placeres y goces legítimos de la vida, a encubrir nuestros deseos y pasiones antes que a cultivarlos y dirigirlos a un fin saludable y cada vez más espiritual? ¿Es la moral circunstancial, acomodaticia, cifrada en el egoísmo personal que nos aconseja cuidar de nuestra persona, de nuestros intereses particulares, a elevarnos material o espiritualmente, prescindiendo de los demás o a costa de los demás, sin preocuparnos de que el mundo gima en la desesperación y en la miseria, víctima de la avaricia y de la explotación de los que todo lo poseen? ¿Es la moral que nos enseña a empuñar un fusil, que nos embriaga de alcohol, de sangre y de patriotismo, para exaltar el valor de la fiera humana que duerme en cada uno de nosotros, y que, por otra parte, como una ironía, castiga, para guardar el orden –mantenido en el desorden– delitos menores cuando no verdaderas virtudes, para mantener infames prerrogativas, establecidas inicualemente por la ética social y la ley civil? ¿O es,



por ventura, esa moral pseudo-espiritista que los bien acomodados hacen derivar arbitrariamente de la ley de causalidad moral, de la cual ya hemos hablado?

No; la moral que, como espiritistas, debemos enseñar, es la que emana de la pureza de nuestra doctrina, que está más o menos desarrollada en la conciencia de los hombres superiores y que nos hace ver en cada hombre un hermano, un semejante, un igual, con los mismos deberes y derechos; es la moral que aspira siempre a una mayor libertad posible, a la solidaridad y fraternidad bien entendidas, a una sociedad en que no existan víctimas ni verdugos, explotados ni explotadores, ricos ni pobres es la moral que nos impulsa al bien y a la justicia comunes y que lejos de aconsejarnos a la indiferencia con respecto a los que sufren y a los que hacen sufrir (y que a su vez y por consecuencia tendrán que sufrir mas tarde), nos enseña a luchar valerosamente por la verdad de nuestros principios, que son los principios en que debe levantarse la humanidad redimida, emancipada de sus miserias, vicios y errores.

### **Aspecto sociológico**

En cuanto al aspecto sociológico, éste debe ser contemplado por las sociedades espiritistas, con el mismo criterio de verdad y de justicia, puesto que la verdadera sociología descansa sobre la moral de principios. La economía crea, es cierto, la riqueza social, le da valor objetivo y económico; pero la moral es la que determina el valor justo y equitativo en la distribución. El valor económico de las cosas es uno y está en las cosas mismas; el valor distributivo depende de la concepción y elevación moral de los individuos y de los pueblos. Elevemos, pues, nuestra concepción moral de la justicia social y de los deberes y derechos humanos, y hagámosla práctica en el lema socialista: *cada uno que produzca según sus fuerzas y consume según sus necesidades* y en el lema espiritista: *donde el amor impera, todas las leyes sobran*.

A esta obra de depuración, de elevación y orientación del espíritu, invitamos a todos los espiritistas y a todas las sociedades hermanas, para impulsar el mundo hacia adelante, hacia la finalidad, siempre renovada y siempre superada en los anhelos dinámicos del hombre.

## XX

### DEBERES DEL MOMENTO

#### ***Comprobar hechos y aclarar conceptos***

El conocimiento de las enseñanzas espiritistas ha de ejercer una influencia provechosa en la orientación de la vida humana, el día que esas enseñanzas puedan ofrecerse con las garantías que la razón ilustrada tiene el derecho de exigir. Es indudable que dicho conocimiento, al proyectar luz sobre problemas de tan vital importancia como los de la espiritualidad y supervivencia de la entidad humana, así como respecto a las causas probables de los sufrimientos y desigualdades que tan directamente nos afectan, ha de influir poderosa y eficazmente al progreso individual y colectivo de los seres humanos.

Porque estamos convencidos de lo que el ideal espiritista significa para ese progreso es por lo que tratamos de comprenderlo cada día mejor a fin de ser fieles intérpretes de sus enseñanzas, que deseamos se extiendan por el mundo sin las trabas y oscuridades que le oponen las pasiones mezquinas y los prejuicios religiosos.

Queremos que el Espiritismo ocupe el lugar destacado que le corresponde entre los ideales superiores de la humanidad y a ese fin elevado y absolutamente impersonal tienden nuestros esfuerzos.

Nuestra acción idealista tiene dos objetivos inmediatos: estudio y desarrollo de elementos que puedan servir para la comprobación de las verdades filosóficas, morales y científicas del Es-

piritismo y análisis del ambiente, de las ideas y de las prácticas que se conocen como espiritistas.

Ahora bien; del estudio que venimos realizando desde hace muchos años, del medio espiritista hemos llegado a la conclusión de que este conocimiento no se interpreta ni se propaga de acuerdo con las enseñanzas racionales que surgen de su estudio, sino que se le considera como una verdad revelada por la divinidad a fin de completar la obra mesiánica de Moisés y Jesús.

El Espiritismo –de acuerdo con ese criterio religioso, hondamente arraigado en la mayoría de sus adeptos– sería la tercera revelación que la divina providencia envía a los hombres para salvarlos de la perdición.

Como se comprende, tal interpretación obedece al espíritu religioso de los que ingresaron a sus filas sin la disciplina intelectual y la libertad de conciencia, que son indispensables, cuando se asume la grave responsabilidad que entraña constituirse en intérpretes de un conocimiento de las leyes naturales que ha de abrir nuevos y amplios horizontes para la vida de los seres humanos.

¡El Espiritismo una revelación para continuar la obra de las religiones...!

¡Cuánto daño le ha hecho y le sigue haciendo a esta ideología ese concepto tan poco en armonía con la realidad de los hechos!

El Espiritismo estudia problemas e investiga hechos que se ajustan a las leyes naturales. Nada de lo que trata el Espiritismo puede considerarse sobrenatural o milagroso. ¿Por qué empeñarse entonces en hacer de este conocimiento una doctrina religiosa en la que se desdeña la investigación positiva y racional de los hechos, y se confía en el poder de la oración y la fe, siguiendo así las huellas de todos los sistemas religiosos, dogmáticos, oscurantistas, enemigos de la ciencia y de la vida?

### ***Cómo se desprestigia el Espiritismo***

Muchas personas que forman en las filas del Espiritismo no se dan cuenta todavía de la magnitud y trascendencia que tiene esta ideología para promover una verdadera revolución en los campos doctrinario y científico.

La causa de esta incompreensión es obvia: han llegado a los centros o sociedades espíritas con un criterio formado, o mejor dicho deformado por la enseñanza religiosa y han creído y siguen creyendo con toda buena fe y acaso ingenuamente que la

verdad espírita no es más que una explicación aclaratoria del nebuloso, del sombrío concepto religioso.

Existe todo género de probanzas de esta aseveración, y lo confirma elocuentemente, el recelo que a estos espiritistas inspira el estudio, la investigación y la ciencia, no obstante el expresivo aforismo de Kardec:

El verdadero carácter del Espiritismo es el de una ciencia y no el de una religión.

La enorme caravana de seres que yace apoltronada en los recintos grises de ese Espiritismo religioso-curanderil –porque marchar es convivir todas las inquietudes superiores espirituales,– significa en la actualidad un serio obstáculo, un peso muerto para las corrientes de progreso en el campo ideológico, puesto que las nuevas generaciones que quieren alejarse de los absurdos y de las concepciones irracionales antiguas, en busca de mejores ideales, adaptables a las exigencias del entendimiento ilustrado y claro, forzosamente tienen que tropezar con aquellos que agitan una bandera hermosa de regeneración y de perfeccionamiento humanos, pero, que en realidad esa bandera sólo sirve para cubrir errores y falsos conceptos ideológicos.

Comprendemos que los errores y deficiencias expresados, no son la resultante de la mala fe, sino simplemente la consecuencia de resabios de carácter religioso, y la carencia completa de entusiasmo y amor al estudio metodizado y profundo de las importantísimas cuestiones que ofrece el Espiritismo.

Es más cómodo y mucho menos molesto escuchar las ideas que exponen los espíritus al manifestarse y teorizar sobre ellas en amable “causerie”, que profundizarlas, desmenuzarlas para desentrañar sentimientos, emotividad, estados de conciencia, sanciones como consecuencia de las leyes morales que rigen la vida de los seres, o ayudándose de las obras que sobre Espiritismo han dado preclaras inteligencias, abrir la visual del entendimiento a las grandes verdades de la naturaleza.

Mientras las sociedades espíritas sigan los senderos de la rutina, del curanderismo y de la religiosidad, hay que perder toda esperanza de que el Espiritismo ocupe el lugar que le corresponde entre las grandes conquistas humanas, puesto que quienes se llaman enfáticamente sus genuinos representantes, son los que realizan con más eficacia una obra de cabal desprestigio para el gran ideal.

### ***El Espiritismo es laico***

De la misma manera como el artesano golpea afanosamente sobre el yunque para dar forma al trozo de hierro que atenaza y martillea, así vamos a insistir, sin temor de fatigarnos, sosteniendo ardorosamente que el Espiritismo no es una religión, y que ha sido un error grave orientar este conocimiento en el campo religioso, y es más grave aún, el empeño de mantenerlo en tal concepto, y empuñarlo más todavía, asociándolo al curanderismo.

Quienes persisten en semejante yerro, tendrán que comprender tarde o temprano, que sobre ellos recaerá la culpabilidad, del delito de lesa progreso humano, porque presentando el Espiritismo a los hombres como una religión más, o como una aclaración del cristianismo, impidieron llegar hasta él, o alejaron de sus filas, a los espíritus de cierta evolución que comprendían por sí mismos, que la religión había caducado ya.

Una demostración más, de que el concepto religioso del Espiritismo es absolutamente equívoco, lo constituye la prevención, la desconfianza, la sospecha, con que se considera la ciencia, cuando ésta en realidad es la mejor y más noble aliada de aquel ideal. No se ha pensado ni someramente siquiera respecto a la proximidad, al vínculo estrecho que hay entre la ciencia y el Espiritismo, en mérito a la razón superior de que una y otro son la expresión exacta de leyes naturales.

El bello ideal espírita, no tiene concomitancia con la religión, no puede tenerla, puesto que el Espiritismo se fundamenta en las leyes de la naturaleza, que son eternas e irrevocables, y la religión es una creación puramente humana, una invención del hombre, para dominar, para subyugar y sojuzgar al hombre.

Si alguien dudara de esta aseveración, que abra las páginas de la Historia, las recorra y medite en todo aquello que se relaciona con la iglesia. Detengan su marcha un momento los espiritistas sinceros, y reflexionen respecto a la orientación que dan al ideal; razonen proponiéndose dilucidar en lo íntimo de su conciencia si es un elevado conocimiento o una religión y mediten también, si lo consideran más apto destinándolo ingenuamente a la curación de las enfermedades, o empleándolo en el progreso y perfeccionamiento espiritual del hombre, individual y colectivamente.

Por las razones expuestas, por imperio de la lógica y por dictamen de buen sentido, el Espiritismo no puede ser, no es religioso, sino pura y esencialmente laico.



## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	7
I El Espiritismo es ciencia .....	11
II Actitud de los sabios frente al Espiritismo .....	17
III La prensa profana y el Espiritismo .....	21
IV ¿Cuál es el concepto que tienen los espiritistas de Dios? ..	25
V Las hipótesis y el fenomenismo espírita .....	31
VI Condiciones físicas, psíquicas y morales del médium .....	35
VII Los médiums y el desarrollo de sus facultades .....	47
VIII Cómo hemos de encauzar los estudios mediúmnicos .....	53
IX Menos fe y más discernimiento en las reuniones mediúmnicas .....	59
X Curiosa experiencia tiptológica .....	63
XI La ley de herencia estudiada desde el punto de vista materialista y espírita .....	67
XII El culto a los muertos .....	75
XIII La caravana y la mansión de la muerte .....	79
XIV La fe y la duda .....	83
XV Premios y castigos, la justicia según el Espiritismo .....	87
XVI El Espiritismo y las religiones .....	95
XVII Espiritismo y cristianismo .....	99
XVIII Nuevos rumbos a la sociedad .....	103
XIX Orientación y organización de las sociedades espiritistas .....	107
XX Deberes del momento .....	115

Esta obra se terminó de imprimir  
el día 25 de octubre de 2002

Impresso em off set

**BOOK**  
GRÁFICA & EDITORA

Rua Clark, 136 - Moóca  
03167-070 - São Paulo - SP  
Fonefax: 6605-7344  
E-MAIL - [bookrj@terra.com.br](mailto:bookrj@terra.com.br)

com filmes fornecidos pelo editor